

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



Percy Cayo Córdova
o la pasión por la historia

Cuadernos del Archivo de la Universidad **42**

Lima, 2005

Cuadernos del Archivo de la Universidad

Comité editorial

Presidente : José Agustín de la Puente Candamo

Miembros : Juan Carlos Crespo López de Castilla

René Ortiz Caballero

Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

César Gutiérrez Muñoz

Archivero de la Universidad

La edición de este *Cuaderno* fue dirigida por el doctor Humberto Leceta Gálvez.

Pontificia Universidad Católica del Perú

Percy Cayo Córdova o la pasión por la historia

. -- Lima : PUCP. Archivo de la Universidad, 2005.

81 p. : il. ; 20 cm. -- (Cuadernos del Archivo de la Universidad; 42)

Archivo de la Universidad PUCP

Apartado 1761 – Lima 100, Perú

Correo electrónico: archivo@pucp.edu.pe

Fax: (511) 626 2857

Hecho el Depósito Legal en la BNP 2005-7323



A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Percy Cayo'. The signature is stylized with a large, sweeping initial 'P' and a long horizontal line extending from the end of the name.

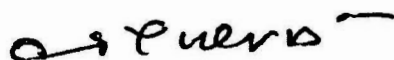
Percy CAYO CÓRDOVA

Presentación

En los libros del Registro Civil el nombre de Percy Cayo figura como ausente. Felizmente la memoria y la gratitud lo salvan de eventuales ostracismos. Aquí lo recuperamos en estas páginas para renovar el diálogo interrumpido. Nos agrada reconocer que no lo hemos perdido, y ciertamente nos confirman esta consabida presencia suya la persistencia de las voces de Onorio Ferrero y Franklin Pease. Sí, la *Historia* fue siempre uno de los pilares en esta casa de Humanidades: aprendimos a cuidarla allá en la Plaza Francia, descubrimos los varios modos de recrearla en la vieja casa de Lártiga, y acá en el *campus* de Pando supimos prodigarnos en investigación y enseñanza. En cada una de estas perspectivas, Percy dejó huella certera. Su contribución no fue nunca estentórea, porque estaba hecha de prudencia y de serenidad. Lenguaje el suyo orientado hacia la luz, no se prodigó en amenazas ni en vaticinios, sino en la parca y demorada descripción de los hechos, lo que favorecía el sereno juicio y otorgaba a sus opiniones el sesudo respaldo de la verdad eficaz. El adjetivo no fue arma predilecta de su afán investigador. Acá en la casa aprendimos a reconocerlo como un hombre de pensamiento claro, de lenguaje vigoroso y de convicciones firmes. Percy Cayo era (es) un hombre de la universidad, negado a la improvisación y a los delirios de grandeza.

Pero yo no debo hablar acá del historiador, sino del amigo. Aprendí a frecuentarlo desde sus primeros días universitarios; escuché sus anhelos y sus inquietudes; supe columbrar desde la hora inicial su destino de investigador. Lo escuché pronunciar, gozoso en la voz y en la ilusión, el iluminado nombre de Gladys. Descubrí en sus trabajos la buena huella de quienes habían respaldado y orientado su vocación histórica. Hizo de la lealtad un instrumento de concordia. Por eso no me extrañó que fuese él quien tuviera a su cargo recibirme en la Academia Nacional de la Historia. Enriqueció mi vida con su presencia puntual cada vez que sintió necesidad de

mostrarme su amistad. Por todo ello yo sé que quienes lo reputan como ausente tienen en cuenta solamente la apariencia. Percy Cayo está acá, intacto, en nuestro corazón. Y vive todavía.



Luis Jaime Cisneros Vizquerra
Profesor principal
Departamento de Humanidades

No lo defraudaremos

María Antonieta Alva Luperdi

Una de las razones por las que puse cierta resistencia para hablar en esta ocasión no fue precisamente porque no tendría nada que decir, sino porque todo lo que dijera no podría expresar lo que el profesor Percy Cayo significa para mí. Y si hay algo de lo que me arrepiento fue de no habérselo dicho cuando estaba entre nosotros.

La primera vez que escuché del profesor Cayo fue el día de la matrícula para iniciar mi primer ciclo en la Universidad del Pacífico. Más de una persona, luego de revisar mi certificado de matrícula, levantó la mirada y me dijo: "a estudiar, no te imaginas lo exigente que es este profesor, hace el curso difícil". Debo aceptar que el día cuando el profesor ingresó al salón para dictar la primera clase de *Historia Crítica del Perú*, al acordarme de esa clase de comentarios, sentí cierto temor.

Sí, era verdad, era un profesor exigente, era un profesor que buscaba la excelencia en cada una de nuestras acciones.

También era difícil, no era un curso para repetir lo que el cuaderno decía: era un curso donde el profesor buscaba que el alumno desarrollara su sentido crítico y que fuera capaz de sustentarlo.

Definitivamente, ese curso de Historia le dio un nuevo rumbo a lo que yo esperaba de mi desarrollo profesional. Me ayudó a despertar: a tomar conciencia de mi entorno y al papel protagónico que los jóvenes tenemos en su desarrollo. Y con mayor razón, nosotros, ya que formamos parte de ese reducido grupo de jóvenes que gozamos con el privilegio de tener acceso a una educación profesional.

No fue necesario que el profesor Cayo nos diera extensos sermones. Creo que con su ejemplo fue suficiente, y es que para mí él encarna toda la dimensión de lo que significa "poner tu profesión al servicio del país".

En algunos de los cursos que llevo, especialmente los de Economía, se utiliza al Perú y su historia económica para ejemplificar la antítesis de todas las políticas que deberían aplicarse para buscar el crecimiento y bienestar de un país. Esto puede ser desesperanzador para muchos de nosotros, pero yo estoy entre los pocos afortunados que no nos dejamos desanimar, ya que guardamos en la memoria aquel comentario que el profesor hizo en la última clase del curso de Historia:

“Señores, en este curso he tratado de mostrarles cómo el Perú, a pesar de todos sus problemas, ha sabido aprovechar sus oportunidades y siempre ha salido adelante. Mi generación ya fracasó, ahora todo está en sus manos.”

Profesor, usted descanse en paz, que desde aquí nosotros no lo defraudaremos.

Percy Cayo Córdova: maestro e historiador

Mario Cárdenas Ayaipoma

A Percy, como amicalmente llamábamos al doctor Percy Cayo Córdova, lo conocí en el Archivo General de la Nación, cuando investigaba los documentos republicanos. Me fue presentado por don Alberto Rosas-Siles, en ese entonces subdirector de la entidad. Ambos se habían conocido fuera del Archivo, cuando la familia de don Alberto vivía cerca de la casa de los padres de la señora madre de Percy, por lo tanto eran amigos de barrio y de mucha confianza.

A partir de la presentación solía saludarlo en la sala de investigaciones, a la que concurría con mucha frecuencia. Aprovechábamos con don Alberto esta presencia casi cotidiana para salir a tomar un café, en lo que fue antes el *Café Colono*, que hoy ya no existe, pero en esa época de la década del 80, estaba en la esquina de las avenidas Grau y Paseo de la República, hoy Paseo de los Héroes Navales. Estas reuniones nos permitían estirar un poco los pies y eran motivo para conversar sobre los problemas de la historia republicana, sobre la que trabajaba Percy, la genealogía de familias arequipeñas, especialidad de don Alberto, sobre las experiencias de cada uno de nosotros, los recuerdos de barrio de los dos personajes (don Alberto y Percy), etc. De esta forma lo fui conociendo a lo largo de su trayectoria y mantuve esta relación de amigo hasta su fallecimiento; sin embargo, las actividades tan cargadas de él como las mías, fueron alejando las reuniones de café; tampoco podíamos abusar, ya que él asistía al Archivo en sus pocos momentos libres y no era dable hacerle perder su valioso tiempo, pero en cuanta reunión que sobre temas históricos se convocaba, nos encontrábamos y conversábamos. En este trato frecuente pude aquilatar sus facetas humanas e intelectuales.

Su conversación fluida, precisa, denotaba la faceta de maestro, pues no olvidemos que su vida se desarrolló dentro de la docencia, en diversas instituciones peruanas y extranjeras, hasta el día de su muerte. Forjado primero como maestro en las aulas de la PUCP y de la Escuela Normal Nebrija de Sevilla, nunca abandonó este quehacer.

Su segunda pasión, la historia (aunque no podría afirmar categóricamente si la docencia o la historia ocuparon el primer lugar de sus preferencias, lo enumero por la precedencia en el tiempo), surgió de la docencia, puesto que los cursos a su cargo casi siempre fueron de historia y los compartió con la investigación histórica, profesión adquirida también en las aulas de la PUCP, donde justamente obtuvo sus grados académicos en este campo. Así compartió con la misma devoción la docencia y la investigación histórica, ofreciéndonos contribuciones de suma trascendencia en el área de historia republicana, y justamente por su notoria versación y especialización fue convocado para participar como consejero en la solución del viejo conflicto peruano ecuatoriano.

Su espíritu institucionalista y su vocación de servicio hizo que participara en cuanta institución histórica lo convocara, así tenemos una larga lista de instituciones nacionales y extranjeras de las cuales fue miembro. En la Academia Nacional de la Historia ocupó el cargo de Secretario.

Como persona su trato siempre fue cordial, hacía gala de una conversación amena, mostró siempre sencillez, afabilidad con todos los que se aproximaran a él. Fue también bromista consumado con sus amigos. Realmente era agradable compartir con él.

El doctor Cayo no sólo fue un excelente profesional, sino también un hombre de convicciones y de temple, supo enfrentar con hidalguía las arbitrariedades e injusticias que la vida suele proveer, como lo sucedido con las autoridades de la Universidad de Lima, no se rindió, se defendió hasta lograr el triunfo. Enfrentó con estoicidad al mal que lo afectó, no bajó la guardia ni su entusiasmo. Poco antes de su fallecimiento me encontré con él en los pasillos de la Universidad del Pacífico, seguía animoso y continuaba dictando sus cursos, no mostraba pesadumbre, conversaba con naturalidad, como si nada pasara. De pie resistió el embate final del destino.

Es pues un hombre digno de tomar como ejemplo y supongo que sus discípulos lo recordarán y tratarán de seguir sus pasos.

*Adiós a Percy**

Camilo N. Carrillo Gómez

Estamos aquí muchos de los que queremos a Percy para despedir su cuerpo presente y me dirijo a ustedes con el raro privilegio de ser probablemente uno de los más antiguos de sus muy numerosos amigos. Lo conocí cuando teníamos apenas cuatro años, allá por el año 1942, en ese viejo y tradicional barrio limeño de Pasaje La Encarnación. Jugamos en la misma calle, corrimos en el pavimento tras la misma pelota y compartimos las primeras inquietudes de niños con Alfonso González del Riego y otros palomillosos, que nos encontraríamos poco tiempo después en las aulas de Primaria en La Recoleta de Lima; fue así que con el correr del tiempo, entrelazamos en forma segura esa misteriosa urdimbre de sentimientos que configuran la amistad.

Son pues muchos años; la infancia primero, fue luego la juventud la que volvió a sentarnos juntos en las añosas aulas de la Universidad Católica en la Plaza Francia. Allí Percy definió nítidamente su vocación por la Historia a la que luego terminaría por dedicar su vida.

Juntos dimos nuestros primeros pasos en la vida académica al participar como instructores en la especialidad de Historia en el curso de *Pre-Seminario* que dictaba Luis Jaime allá por los años 1957 y juntos, ese mismo año, ingresamos a la Sección Doctoral de Historia de la antigua Facultad de Letras. Allí, junto a Jorge Bernal, Rosita Blanco y Susana Llontop, constituimos un grupo muy unido que perfilaba sueños e ilusiones que prometían luminosas mañanas.

Siempre he pensado en el destino extraño de esta promoción ingresada en el año 1955, la cual por distintas razones no alcanzó a realizar sus ilusiones de jóvenes en su natural *alma mater*, desarrollando finalmente la plenitud de sus carreras y sus vidas en

* Palabras leídas en el acto de los funerales el sábado 16 de octubre del 2004.

lugares distintos y distantes del antiguo claustro de la Plaza Francia. Por unas u otras razones, quiso la vida que a diferencia de otras generaciones, la nuestra no llegara, pese a la preeminencia que las figuras de Percy y Jorge le brindaban, a marcar como generación, hito alguno en la vida de nuestra Universidad.

Recuerdo con curiosidad no resuelta, lo que en él se perfilaba aquel entonces como una clara vocación por la política universitaria en la que participó intensamente a través del Centro Federado de Letras. Sin embargo, nunca sabremos qué lo condujo tiempo después a alejarse para siempre de toda clase de actividad política activa, a la que por el contrario siempre, con razón o sin ella, miró con profunda desconfianza cuando no con ironía o desdén.

Representó Percy al amigo sincero, en el cual la integridad lo hacía personaje de una sola pieza, sin cálculo ni doblez; tranquilo, siempre sonriente con la serenidad del justo y del bueno, permanentemente dispuesto a compartir la crítica, la duda o a internarse en el insoluble mundo de la reflexión en busca de la verdad soñada.

Me viene a la memoria un inquietante tema de reflexión que lo motivó cuando fue llamado para integrar la Comisión de Alto Nivel encargada de encontrar una solución digna y justa en el último diferendo con el Ecuador, incertidumbre que finalmente resolvió cuando declaró decidido: "Si pues, la Historia no solo se escribe, para que exista hay primero que hacerla...", y fue así como brindó entusiasta su invalorable concurso en aquella hora difícil para este Perú que tanto amó y al que dedicó sus más grandes inquietudes.

Se va en octubre, tan limeño al fin, en una tarde soleada, presagiosa de la luz que avizora el tan largo invierno de la Patria...

En este día de pena, a Gladys y a sus hijos mis sentidas condolencias; a ti, Percy, que te acompañen el orgullo de haber compartido una leal y nunca empañada amistad, nuestras ilusiones de siempre, nuestra larga existencia y el calor común de nuestras tan cercanas familias.

Hasta siempre Amigo.

Percy Cayo en el Curso de Deontología e Historia

Juan Carlos Crespo L. de C.

La figura de Percy Cayo Córdova historiador, investigador de momentos claves en nuestro pasado histórico republicano, resulta indelible de sus altas condiciones para ejercer la docencia. Diversas universidades e institutos superiores del país pueden dar cuenta de lo que ahora afirmo. Y es en el ejercicio de esta doble vocación en el que nos hemos encontrado muchas veces. Recuerdo ahora con particular afecto, cómo en diversas oportunidades accedió gustoso a venir a nuestra universidad para participar en una suerte de tertulia con los alumnos del curso de *Deontología e Historia*, dictado en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas desde hace algunos años. El tema que convocaba a estos alumnos en torno de Percy era uno de aquellos en los que parecía destacarse más o sentirse más a gusto exponiendo los resultados de sus últimas pesquisas. Se trataba de la historiografía ecuatoriana en relación con el Perú y con las controversias limítrofes. Revisábamos con él la opinión historiográfica contenida en obras de diversa envergadura, desde textos escolares y destinados a la difusión, hasta las investigaciones últimas que él –tenía sus maneras– era tal vez el primero en conocer. El tema se prestaba como ninguno a la reflexión deontológica a propósito del ejercicio profesional del historiador; había cuestión de buen o mal uso de las fuentes que deben alimentar con información y con verdad a la historia; también la discusión acerca de las posibilidades y limitaciones de la interpretación histórica; la intervención exagerada de los intereses nacionales en la investigación y sus resultados; una docencia en historia que a todo nivel difundía imágenes estereotipadas difíciles de contradecir; una historiografía que no podía fácilmente desprenderse de ideas consagradas por el uso reiterado. Este era el tema y, luego de breve y documentada exposición, se iniciaba una larga discusión solo interrumpida por el anuncio del final de la clase. Cuánta pasión, en el mejor y más académico de los sentidos, ponía Percy en estos temas que concernían a maneras distintas de ver la historia desde perspectivas nacionales divergentes; con cuánto entusiasmo defendía con argumentos científico históricos

la causa del Perú; con qué hidalguía se mostraba comprensivo frente a colegas que en el oficio no ponían en evidencia tanta claridad para el discernimiento. Por ello, cuando llegó el momento de las decisiones políticas binacionales con el Ecuador, nadie mejor que él podía asesorar a las comisiones negociadoras. Más aún, cuando la posición historiográfica del Ecuador hubo de cambiar con la entereza de reconocer errores sostenidos durante muchísimos años, fue el primero en disfrutar del triunfo de la historia respetuosa de sus fuentes y capaz de producir un conocimiento cada vez más cercano a la verdad de los hechos y a los auténticos intereses de los pueblos.

Me consta personalmente el cariño que Percy siempre tuvo por su *alma mater*, la universidad de la que egresó y en la que obtuvo sus grados académicos; aquí forjó su vocación por la historia y aquí encontró a sus maestros y a sus colegas historiadores, compañeros y amigos. Las visitas al *campus* con el propósito arriba señalado se complementaban con su interés por el Archivo de la Universidad, lugar que también frecuentaba demostrando su entusiasmo por la práctica archivística y el esmero en el cuidado de los documentos. Al final de esta pequeña historia, luego de su periplo PUCP, el almuerzo con colegas en la cafetería central, servía de marco para la continuación de una conversación que en su caso era siempre difícil terminar.

Percy Cayo Córdova, destacado tacneñista

Fredy Gambetta

Qué difícil, qué doloroso me resulta escribir en pasado para referirme a un destacado tacneñista, el doctor Percy Cayo Córdova, querido amigo que, gracias a su admirado maestro Jorge Basadre, aprendiera a querer a nuestra ciudad como si fuera la cuna que lo vio nacer.

El doctor Basadre, además de prodigarnos su amistad, de ser nuestro mentor de vida, de alentarnos, sin exigirnos absolutamente nada, nos relacionó con prominentes intelectuales que vivían en la capital, de una manera, como era su estilo, discreta, como quien no quiere la cosa, según reza el dicho popular.



*Franklin Pease y Percy Cayo
en Ávila (marzo de 1966)*

Así conocimos, entre otros, a Fernando Silva Santisteban, Franklin Pease, César Gutiérrez Muñoz, Félix Denegri Luna, Raúl Palacios Rodríguez y a Percy Cayo. Unos más, unos menos, todos se interesaron por Tacna, alentados por Basadre y por conocer a los nuevos amigos del sur que teníamos el invaluable aval del gran tacneño al que ellos respetaban y admiraban.

Percy Cayo Córdova era limeño. Nació en el centro de Lima, en una casa de la calle Lampa. Estudió en las Facultades de Letras y Educación de la Pontificia Universidad Católica del Perú, graduándose como bachiller en Humanidades y doctor en Historia.

Fue profesor en la Universidad Católica, en la Escuela Superior "Enrique Guzmán y Valle" –hoy Universidad Nacional de Educación–, en la Escuela Militar de Chorrillos, en la Escuela de Oficiales de la Fuerza Aérea del Perú, en la Escuela Naval y en la Escuela de Oficiales de la Guardia Republicana, en la Academia Diplomática y en las universidades de Lima y del Pacífico.

Fue distinguido miembro de número de la Academia Nacional de la Historia, del Instituto Riva-Agüero, del Centro Peruano-Boliviano, del Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, de la Sociedad Geográfica de Lima y fue incorporado como miembro correspondiente de las Academias Nacionales de la Historia de Argentina, Bolivia, Colombia y Ecuador.

Invitado por el gobierno español dictó cursos en la Universidad de Sevilla y en la Universidad de Santa María de La Rábida (Huelva) y realizó investigaciones en los archivos españoles de Madrid y Sevilla, en la Biblioteca Real de Madrid y en la Biblioteca Nacional de España. Con brillo, con solvencia intelectual, con señorío representó al Perú en certámenes académicos internacionales.

Entre otros valiosos libros de su especialidad es autor de la biografía de *Hipólito Unanue*, de un estudio preliminar de las memorias del general Guillermo Miller y del tomo *La Guerra con Chile*, en la colección que editara el librero Juan Mejía Baca, además de estudios sobre la historia naval del Perú. Su último trabajo que viera la luz es el tercer tomo de la colección de *El Comercio* sobre la Historia de la República.

Nuestro querido amigo Percy Cayo siendo un americanista, un hombre que creía en la unión de los pueblos americanos, fue un patriota que defendió los derechos del Perú. Sus intervenciones como integrante de la Comisión Negociadora de Paz entre el Perú y el Ecuador son notables. Como lo fueron sus sentencias respecto a las relaciones con Chile, cuando se le pedía una opinión. Él decía *...los éxitos de Chile en los últimos años naturalmente son admirables, pero han engrandecido la visión que tienen de sí mismos y a esta arrogancia –siempre mala consejera– se le suma un ingrediente racial hacia sus vecinos. Eso produce rechazo en los otros.*

Cuando se trató del asunto del "chauvinismo", de peruanos, bolivianos y chilenos, como excusa para replantear la historia en estos tres países, con heridas profundas a raíz de los hechos pasados, Percy Cayo respondió a unos periodistas en Santiago: *La Guerra de 1879 duró de alguna manera hasta 1929. El común de los chilenos ignora lo que allí sucedió (en Tacna y Arica); no fue una simple ocupación, fue una chilenezación que alcanzó proporciones perversas, con homicidios, violaciones y agresiones. Quizás muy pocos chilenos y peruanos sepan que fue de tal violencia.*

Recuerdo ahora, en este crepúsculo de la primavera tacneña, a nuestro amigo Percy Cayo. Nuestros paseos interminables por la alameda Bolognesi, por los escenarios que recorriera nuestro querido maestro Basadre. Él, como auténtico basadrino, se emocionaba y quería siempre ver más, conocer más el alma de Tacna, sentirla, asirla, aprehenderla, hacerla feérica. Alguna vez nos visitó con Gladys, su gentil esposa, su fiel compañera. Ella fue siempre para nosotros una gran anfitriona, en su residencia limeña. No en vano nuestra amistad había nacido al calor de las mutuas referencias que el doctor Basadre sembrara.

Sus juicios precisos, su erudición, su seriedad para trabajar las fuentes históricas, su presencia en el Club Tacna, en Lima, cada vez que se le invitaba, en resumen, su amor por Tacna lo hacía uno más de los nuestros, un tacneñista a cabalidad.

Fue doloroso su tránsito hacia el arcano. En extremo doloroso. Si nadie se merece el sufrimiento menos aún un hombre como él que era, como en el verso de Machado, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Uno a uno se nos van los grandes amigos. Nos vamos quedando solos. Muy solos.

El amigo Percy

Margarita Guerra Martinière

Han pasado ya varios meses de la muerte de Percy Cayo y su ausencia se deja sentir al no oírse su voz firme, con opiniones claras y precisas, al ser entrevistado en diversas emisoras sobre muchos de los problemas histórico políticos que todavía enfrentamos, especialmente cuando se acerca un periodo electoral.

Percy ingresó a la Universidad un año antes que yo y perteneció a una promoción en la cual los alumnos que se inclinaron por la Historia fueron, como siempre, pocos pero con un profundo espíritu de compañerismo y amor a la disciplina elegida. Los integrantes del grupo fueron Jorge Bernales Ballesteros, Rosa Blanco Blasco, Camilo Carrillo Gómez, Percy Cayo Córdova, Susana Llontop Sánchez Carrión. Era una generación con grandes capacidades intelectuales pero que nos ha ido abandonando con demasiada prisa. La primera en marcharse fue Rosa Blanco, luego ocurrió el inesperado deceso de Jorge Bernales, en Sevilla, donde se desempeñaba como profesor e investigador de Historia del Arte Peruano, y ahora, le tocó el turno a Percy, quien llegó a ocupar un lugar muy destacado entre los estudiosos de nuestra historia de los límites y de la guerra con Chile, temas ambos sumamente escabrosos y que él supo manejar con especial prudencia. Susana es actualmente profesora de Historia en la Universidad de Lima. Camilo Carrillo, sin haber olvidado su interés por la Historia, fue ganado por el Derecho y por la actividad política.

La vecindad de nuestras promociones y la pequeñez de las mismas en la especialidad favoreció el acercamiento amical y compartimos los ambientes del antiguo local de la Plaza Francia, así como el trabajo inicial en la investigación histórica en el Instituto Riva-Agüero, donde completábamos nuestra formación a través del trabajo en los Seminarios que allí se reunían para estudiar al Perú en sus diversas manifestaciones. También nos iniciamos en la docencia como instructores –hoy jefes de práctica– en el curso de

Historia del Perú II para el segundo año de Letras bajo la dirección del doctor José Agustín de la Puente Candamo. Nos encargábamos de realizar lecturas de textos históricos y dirigir el análisis en grupos de veinte a veinticinco estudiantes, para lo cual debíamos reunirnos con anterioridad para preparar dichos textos. Estas sesiones nos ayudaron a valorar el trabajo en equipo y a desarrollar una estrecha amistad.

Este trabajo en común sirvió para conocernos, entendernos, valorarnos tanto como personas, como profesionales y personas comprometidas con el país, tan es así que ninguno pensó en buscar fortuna fuera del Perú. Un caso extraordinario fue el de José Bernales, quien si bien radicó en España estuvo permanentemente al servicio del Estado Peruano, pues se desarrolló primero como vicecónsul y luego como cónsul del Perú en Sevilla y paralelamente desarrolló su carrera universitaria.

Percy tuvo una vocación especial por la docencia y siguió los pasos de antiguos maestros como Raúl Porras Barrenechea, Jorge Basadre y tantos otros intelectuales que se hincaron en la docencia escolar —él lo hizo en el colegio Franco Peruano, donde dejó gratísimos recuerdos— y por años compartió esa tarea con la enseñanza universitaria. Se inició en la Pontificia Universidad Católica del Perú, luego lo hizo en la Universidad de Lima, en los Institutos Armados y, finalmente, sentó cátedra en la Universidad del Pacífico. En todos los casos no limitó su enseñanza a las aulas, sino que fue también el maestro orientador tanto vocacional como personalmente, colaborando en forma decisiva en la formación integral de sus alumnos.

Fue asimismo un hombre de fe. No encontró ninguna dificultad, como ocurre en tantos casos de intelectuales, para conciliar la práctica religiosa con la búsqueda de la verdad histórica, quizá porque no correspondió al tipo de estudiosos que se ensoberbecen con el éxito, y en la sencillez de su vida encontró que el auxilio espiritual era la mejor ayuda para encontrar solución a sus problemas. Esta misma fe es la que lo hizo llegar con esperanza y dignidad al final de su existencia.

También lo conocimos como un hombre leal con sus convicciones,

con sus amigos y, sobre todo, con su familia, lo cual le permitió disfrutar en los momentos felices, como en los aciagos, de la cercanía de su esposa y de sus hijos, así como de sus amigos. Su muerte trajo pesar, pero también tranquilidad porque no fue una muerte desesperada, sino el paso sereno al encuentro con el Padre.

Percy ha dejado no solo los recuerdos de la amistad compartida, sino también importante obra escrita que debemos difundir por el mensaje optimista que transmite por su confianza en el devenir del Perú.

*Recuerdo de Percy Cayo Córdova**

César Gutiérrez Muñoz

Apenas dos semanas antes de su muerte apareció el último libro de Percy, en cuya introducción expresó esa verdad que él constataba, día a día, durante su ejercicio profesional. Percy escribió: *Cuando nos acercamos al segundo centenario de nuestra vida republicana, sigue vigente el reto de lograr que el Perú sea un mejor lugar para vivir.*

Todos los que conocimos, tratamos y quisimos a Percy sabemos que en esas palabras está la clave para entender su pensamiento y su trabajo de historiador y para comprender su sentido de peruanidad. Porque Percy fue un tenaz luchador en favor de su país y de su patria grande, la América. La implacable lucidez que tenía para mirar el pasado y también el presente, con ojo crítico y con los pies en la tierra, chocaba a menudo con la esperanza, motivando en él, como muchas veces nos sucede a nosotros mismos, la amargura, la decepción, el desaliento. Pero, no sé cómo, lo cierto es que Percy se sobreponía al embate y usando su característico buen humor salía bien librado. Pese a la circunstancia nacional de sus 67 años de vida, Percy fue un optimista.

Si alguien quisiera describir a Percy tendría que señalar necesariamente estos rasgos definitorios de su ser: peruano de nacimiento y de vida, historiador entregado plenamente a su quehacer, profesor firme y cordial, amigo cercanísimo.

Percy Cayo Córdova se caracterizó por su preocupación por la enseñanza de la historia del Perú, por fortalecer la relación amical y de verdadera integración con los países vecinos, por su acentuado amor al país que siempre recorría con singular atención. Sin duda, será recordado por su claridad al abordar los temas pretéritos y actuales,

*Palabras leídas a pedido de la familia en la misa de mes, celebrada en la iglesia de Nuestra Señora de Fátima (Miraflores), el 15 de noviembre del 2004, por el padre Armando Nieto Vélez SJ.

su amabilidad y su gran espíritu de servicio. Camuflado en su cara de serio, casi imperturbable, Percy era bromista, burlón, fastidioso, suscitando la simpatía y el afecto de cuantos le rodeaban. Bastaba una mueca suya en una reunión solemne para que el destinatario de ella tuviera que hacer grandes esfuerzos a fin de evitar una impertinente carcajada. Como ves querido Percy, ya te extrañamos... y mucho.

Percy fue un maestro con una inequívoca vocación docente. No exagero si digo que nació para enseñar. Nunca vi a alguien que ejerciera el magisterio en tantos lugares, desde el colegio hasta la universidad, los institutos de las Fuerzas Armadas y Policiales y, claro está, en la Academia Nacional de la Historia, de la que era secretario; en distintas modalidades, desde las lecciones en el salón hasta las conferencias públicas y las conversaciones en el patio; en Lima o en cualquier lugar donde fuera requerido, y siempre con esa demostración patente que no tiene pierda y vale más que mil palabras: el ejemplo, su gran ejemplo humano. Un distinguido alumno suyo de la Universidad del Pacífico, Carlos Navarro Menacho, es testigo de excepción. Carlos dice: *El profesor Cayo fue uno de los mejores profesores que he tenido; siempre estaba disponible para sus alumnos en el aula o en su oficina. Recuerdo las tantas veces que tuve la oportunidad de tener largas charlas con él sobre temas históricos y políticos. Se esmeraba para que los alumnos fueran lo mejor que podían ser.*

Esta noche, en momentos en que está por concluir la Eucaristía rezada por su alma, sabemos que aquí y ahora no acaba el homenaje a su querida memoria. Tenemos que seguir rezando por Percy, nuestro flamante intercesor en el Cielo, y recordándolo bien de mil maneras. También tenemos que continuar acompañando con gratitud a su mujer Gladys, a sus hijos Raúl y Tati, a su madre María, a sus hermanos, a sus sobrinos y a todos quienes lo sirvieron, ayudaron y estuvieron con él en las buenas y en las malas.

Percy hizo la secundaria en el Colegio San Andrés, fundado en 1917 por el eminente educador escocés Juan A. Mackay, quien en un precioso libro, titulado *El sentido de la vida* (Montevideo, 1931), escribió una frase que para Percy fue un lema y una práctica: *No hay palabra más sagrada que la de amigo; no hay relación más espiritual y sublime que la*

amistad. Nos consta que esto en Percy fue lo normal, lo corriente, como haciendo caso a esa canción de Roberto Carlos que le gustaba bastante: *Un millón de amigos*.

En el Colegio, Percy atendía todas la mañanas la asamblea, donde el reverendo leía la Biblia, la explicaba y, finalmente, rogaba al Todopoderoso pidiéndole sus bendiciones. Hoy repito devotamente para él lo que Percy creyente escuchó y asintió más de una vez en el antiguo Anglo-Peruano, la respuesta de Jesús a Tomás: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida* (Juan 14,5). Así sea.

*Percy Cayo Córdova**

Oswaldo Holguín Callo

Tengo el honroso y a la vez justiciero encargo de despedir a nuestro querido amigo y colega Percy Cayo Córdova en nombre del Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú. Honroso, porque siempre dará honra el decir algunas palabras en elogio de quien tuvo una trayectoria limpia y honesta. Justiciero, porque recapitular los méritos y calidades de un ser humano es una forma de reconocer, siquiera mínimamente, el perfil de su valía. Sin embargo, debo decir que soy consciente de que voces más autorizadas que la mía señalarán bajo circunstancias más serenas todas las facetas de la ejemplar existencia que ayer llegó a su fin.

Entre todas esas facetas creo fundado destacar la vocación histórica peruanista y la comprometida entrega a la enseñanza. En efecto, Percy fue un historiador del Perú y un maestro esencial. Desde el colegio se dejó ganar por el encanto de nuestro pasado, y sin duda ya entonces empezó a aprender cómo enseñarlo. En la Universidad Católica halló campo propicio al desarrollo de sus talentos y se adentró en los predios de la Independencia y la República, junto a otros estudiantes que también prometían sazonados frutos. Perteneció a una generación ansiosa de adquirir el dominio del conocimiento histórico, de penetrar en los secretos de la formación del Perú, de hurgar en los archivos y bibliotecas. Quizá la suya fue la última generación que gozó de una visión segura y confiada de nuestros grandes momentos fundacionales. El ejemplar magisterio de profesores peruanos y extranjeros modeló esa equilibrada y coherente interpretación y lectura de lo nuestro que nunca abandonó, ni en los momentos más críticos que vivimos hace algunos años. Y como compañero y amigo, sin duda fue de los mejores, pues gozó de un espíritu cordial que le permitió francas y estrechas camaraderías.

* Palabras leídas en el acto de los funerales el sábado 16 de octubre del 2004.

¿Quién que lo conoció podría olvidar esas expresiones joviales y animosas, limeñísimas, con que salpimentaba la conversación? Ahora vemos claramente que con sus bromas también nos enseñó a sonreír y despejar preocupaciones.

El archivero y académico César Gutiérrez Muñoz reseña que Percy Cayo fue elegido miembro de número del Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú el 6 de mayo de 1982, incorporándose un mes después con el discurso "La Corbeta Unión en la Guerra del Pacífico". Su actividad en nuestra corporación fue múltiple y fecunda, como coautor de la *Historia Marítima del Perú* en su periodo republicano, como impulsor de numerosas iniciativas de estudio e investigación, como conferencista, asesor y amigo de todos. Y si su generosa entrega al Instituto merece gratitud y memoria, también la merecen sus patrióticos servicios en favor de nuestra Marina de Guerra, que lo contó entre sus profesores y colaboradores más distinguidos. Con gran acierto, él pensaba que nuestros institutos castrenses, como la Marina de Guerra, debían recibir de la civilidad el apoyo y la orientación adecuados al desarrollo de un sano y coherente nacionalismo. Esto mismo lo llevó a colaborar con el Gobierno Peruano en la defensa de la soberanía nacional en los territorios amazónicos, razón eficiente de algunos de sus más lúcidos libros.

En el periodo de tránsito que constituye la vida, unos dejan huella débil y tenue que borra el menor viento que es el olvido. La memoria de otros, en cambio, persevera y hasta fructifica, pues han dejado obra y ejemplo perdurables. Sin duda, este es el caso de nuestro amigo y colega Percy Cayo, un gran historiador y un gran peruano. Descanse en paz.

Mi testimonio

Humberto Leceta Gálvez

A casi cumplirse una año del fallecimiento de mi amigo, aún abrigo el imaginario sentimiento de encontrarnos en nuestras acostumbradas reuniones de los sábados o los domingos en su hospitalaria casa, o en la Universidad del Pacífico o en algún evento académico, ya de la Academia Nacional de la Historia o ya en sus tantas y precisas y bien elaboradas conferencias, conmemoraciones, presentaciones de libros o en el Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú. Sin embargo, ya se fue.

Con Percy me ha unido una amistad de casi cuarenta años. Nos conocimos en el Instituto Riva-Agüero a su llegada de Sevilla, por el año de 1968. Desde aquella fecha hubo un intercambio de pareceres en historiografía de la Independencia, sobre la Guerra del Pacífico y acerca de la historia económica y social, cultivándose a la vez una amistad progresiva. El primer vínculo fue en el fructífero Seminario de Historia del Instituto Riva-Agüero que dirigía nuestro común maestro el doctor José Agustín de la Puente Candamo; luego, en el curso de *Historia del Perú: Emancipación y República*, a cargo también del maestro José Agustín en 1969, donde Percy, junto a Margarita Guerra Martinière, lo acompañaban como profesores; yo era instructor. Nos reuníamos semanalmente para preparar las prácticas; aprendí muchísimo de ambos.

De esa época recuerdo a Percy preocupado por las reformas en Letras, impulsadas por el Director del entonces Programa Académico de Letras en sustitución de la antigua Facultad de Letras que se adecuaba a la nueva Ley Universitaria, promulgada en el verano de 1969 por el gobierno del presidente Juan Velasco Alvarado. Mi amigo Percy era miembro del Consejo bajo la dirección de Luis Jaime Cisneros. Más de una tensión le ocasionó la sorda lucha entre innovadores y conservadores de la currícula. Me consta clarísimamente una evocación de él cuando señalaba que no tenía por qué llevar el malhumor y las tensiones de la Universidad a casa, aún cuando

incansablemente se abocó a la reforma de cursos.

Con el pasar de los años y por nuestras diferentes ocupaciones, nos veíamos espaciadamente en uno que otro seminario, conferencia o curso organizado por el Instituto Riva-Agüero para los maestros. Volvimos a reunirnos en julio de 1975 en el Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú como investigadores de la Tercera Etapa de la Historia Marítima. En este equipo estuvo también mi amigo e historiador Raúl Palacios Rodríguez para escribir, los tres, el periodo comprendido entre 1884 y 1930; a Percy le correspondió el lapso de 1906 a 1919. Se formó este equipo por recomendación de José Antonio del Busto Duthurburu, quien mantenía una estrecha vinculación con Percy y con nosotros como sus antiguos alumnos. Nuestro coordinador fue el dilecto y caballeroso vicealmirante Alberto Indacochea Queirolo. Mientras crecía nuestra amistad, también lo fue en la cooperación en historiografía peruana contemporánea en vista de los temas encargados. En este ámbito académico recibimos atenciones de marinos y de la misma Marina de Guerra, además de estudiar aspectos navales y marítimos, nuevos para nosotros, sirviéndonos mucho en nuestra formación de historiadores en el tema marítimo.

Recuerdo también cómo nos preparamos los tres con mucha ilusión para el viaje en nuestro Buque Escuela Independencia para la Gran Revista Naval en Nueva York en julio de 1976, con ocasión del Bicentenario de la Independencia Nacional de los Estados Unidos de América. Percy contó su periplo desde su embarque en un puerto brasileño y su trayectoria hacia el Callao; pienso que en este viaje Percy consolidó y amplió sus relaciones con la institución naval, pues era además profesor de *Historia Naval* en la Escuela Naval, como sucesor del maestro José Antonio del Busto.

Percy participó en un momento importante de mi vida cuando en el día de la Epifanía del Señor de 1977, es decir el 6 de enero, en la iglesia de San José de la comunidad alemana leyó en mi matrimonio el conocido y hermoso pasaje paulino de la Primera Carta a los Corintios: "*Si hablo las lenguas de los hombres y aún de los ángeles, pero no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o un platillo que hace ruido...*" (I Corintios 13, 1). Ese día, Percy cumplía cuarenta años de edad.

Al conmemorarse el centenario de la Guerra del Pacífico, el 5 abril de 1979, fuimos invitados por la empresa pública Hierro Perú Percy, Raúl y yo para dictar conferencias a los docentes de los centros educativos de San Juan de Marcona, un puerto iqueño, centro de operaciones de dicha empresa minera. Queda en mi recuerdo ver a Percy emocionado al recibir un día después a su familia en el pequeño aeropuerto, y de modo particular preguntarle casi con insistencia a su hijo Raúl lo que sintió al volar en el bimotor de Aerocóndor. En octubre se repitió la visita; esa vez fuimos por encargo del Instituto Riva-Agüero para volver a conversar con los profesores, esta vez en conmemoración del centenario del Combate de Angamos y otros eventos de la guerra.

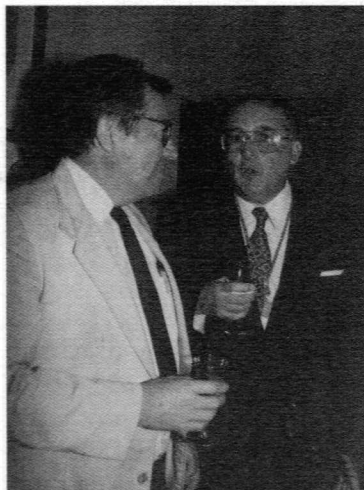
En 1994 nos reencontramos cuando asumí el cargo de Secretario Académico del Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú; él era miembro de número y directivo como vocal de Historia por muchos años, por tal razón nos encontrábamos repetidamente en sesiones del Consejo Directivo, en actos académicos o en las coordinaciones que el almirante Indacochea, entonces presidente del Instituto, nos convocaba para intercambiar opiniones sobre actividades en el campo de la Historia y enseñanza Marítima, las relaciones exteriores, sobre su obra en ciernes de la Historia Marítima (1906-1919), etc., donde siempre Percy mantuvo una ejemplar cooperación y la opinión franca que le caracterizaba; desde luego, siempre matizaba sus comentarios sólidos con su otra característica: la broma.

Poco después que asumí la presidencia del Instituto el almirante Ramón Arróspide Mejía, sobrevino el interés institucional para la entrega del trabajo pendiente de Percy. Él me llamó en 1996 para apoyarlo con el cierre de algunos temas. Lo hice coordinando y participando en una y otra versión, pues él era muy escrupuloso en las fuentes, redacción y naturalmente en los contenidos. En esta tarea apoyaron decididamente Jorge Ortiz Sotelo, otro amigo y discípulo de él, y Alicia Castañeda Martos como correctora de diversas versiones de las cuatro partes de la obra. Él hizo la entrega oficial al Instituto en el verano del 2003, esperándose su pronta edición. Debo señalar que aprendí mucho a su lado en ese

lapso y la verdad es que nunca me imaginé dicho desenlace. No obstante sus dolencias que las imaginaba menores, abrigábamos proyectos comunes como una historia peruana contemporánea, un Atlas Histórico-Geográfico del Perú, una historia cronológica del Perú, etc.; él tenía en mente elaborar una Historia de Diplomática del Perú y culminar sus cuadernos de historia de límites tal como la del Ecuador, publicada una con el Banco de Crédito y otra con la Universidad del Pacífico.

Los sábados o domingos, por lo general, nos reuníamos a trabajar por la mañana; comenzábamos generalmente con un comentario de la situación del país y luego nos abocábamos a revisar el trabajo de la semana: la Historia Marítima, alguna reseña o presentación que haría de algún libro, pues nunca se negaba a participar, sus contribuciones en revistas, homenajes, periódicos, etc. Algunas veces llegaba Jorge Ortiz e iniciábamos una especie de coloquio o seminario muy positivo. Siempre éramos atendidos con gran hospitalidad y amabilidad por él y por su esposa Gladys con un café, un jugo, unas galletas y hasta compró una silla para mí, especialmente para aquellas sesiones sabatinas o domingueras. También cumplía sus encargos cuando no estaba en casa o de su oficina en la Universidad del Pacífico, siendo atendido por la señora Rosalía Solís Román, su fiel colaboradora. Por todo lo compartido, me siento agradecido por considerarme su discípulo y su amigo; así lo llamaba en mis comunicaciones; él se reía. Noto esta ausencia.

De esta última etapa de casi diez años, aparece fortalecida nuestra relación académica y personal con nuestro querido maestro José Agustín, ya sea por temas cercanos a la historiografía de la Independencia, la Guerra del Pacífico, al Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú o a la Academia Nacional de la Historia, de la cual era miembro de número y secretario. Ellos, siempre me favorecieron encargándome con uno u otro trabajo para la ANH; en general, nos encontrábamos puntualmente en los actos que ella convocaba. Con Percy compartimos admiración y respeto al doctor José Agustín; en más de una ocasión escribió en *El Comercio* y en el Libro de Homenaje sobre la personalidad del



*Humberto Leceta y Percy Cayo
en el Instituto de Estudios
Histórico-Marítimos del Perú,
durante una ceremonia de la
Academia Nacional de la Historia.
16 de marzo del 2000*

Presidente de la Academia.

También me ha unido a él la docencia universitaria. Cuando fue Jefe del Departamento Académico de Humanidades de la Universidad del Pacífico me presentó una y otra vez para el dictado del curso de *Historia Crítica del Perú e Historia de América*; también lo hizo cuando no tuvo cargo y era tan solo profesor, recomendándome ante el jefe de Departamento Jorge Wiese, para reemplazar temporalmente a José de la Puente Brunke o a él mismo cuando ya no pudo continuar su curso en el primer semestre del 2004 por su enfermedad.

Debo ahora testimoniar a Percy como docente. Él fue siempre un docente calificadísimo. Qué orden para

preparar sus clases; era admirable la gran cantidad de apuntes y fichas que llevaba consigo; el cuidado que ponía en los sílabos al renovarlos cada semestre; la disposición para la distribución de bibliografía y trabajos para sus alumnos; la constante motivación para realizar las visitas a museos y lugares históricos; la puntualidad de sus clases y las siempre oportunas correcciones y consejos a los alumnos. Era muy crítico, pero no dejaba de tener esperanza en nuestro país, siguiendo la promesa de la vida peruana de don Jorge Basadre.

Con el doctor José Agustín de la Puente fuimos al Instituto Nacional de Enfermedades Neoplásicas en San Borja entre las 1 y las 2 de la tarde del martes 12 de octubre a visitarlo, pues ya estábamos enterados que su vida se apagaba. Él nos recibió acompañado de Gladys y Raúl. Para mí fue conmovedor verlo luchando por respirar; me dijo: *¡qué tal Humbertito!* Se humedecieron mis ojos. Nos retiramos; puse mi mirada en su lecho y rostro a sabiendas que no lo vería más. Así fue, y antes de las 7 de la mañana del

viernes 15 de octubre dos llamadas seguidas de Rosario Calmet y Jorge Wiese me comunicaron su desenlace. Se fue mi amigo, pero siempre lo recordaré.

Casi cincuenta años de amistad

Susana Llontop Sánchez Carrión

Un día, cuya fecha no recuerdo, recibí la ingrata noticia de la enfermedad de mi compañero de estudios, mi amigo Percy. A partir de ese momento seguí su evolución aunque no con la asiduidad debida a causa de las ocupaciones y problemas que nos complican la vida. Sin embargo pude vivir la zozobra constante al conocer las altas y bajas del mal y admirar su tenacidad, su capacidad de trabajar, enseñando y produciendo, superando las dificultades que la vida le presentaba.

Lo vi por última vez, aunque yo no lo sabía entonces, un 8 de octubre, emblemática fecha; conversamos de todo un poco. Su especial sentido del humor se manifestó al llamarme usando un apodo familiar que había descubierto casualmente y con el cual bromeaba siempre que tenía oportunidad. Esta charla me hizo pensar que nada de malo pasaba, que mi querido amigo era el de siempre pero... una semana después me golpeó la noticia de su partida definitiva.

Empecé a reflexionar sobre el significado de la amistad que es, para mí, un lazo tanto o más fuerte que el parentesco, porque los buenos amigos, como Percy, son los hermanos que elegimos.

Conocí a Percy un lejano, pero inolvidable, día de marzo en el querido patio de Letras de la Plaza Francia mientras buscaba ansiosamente mi nombre en la lista (escrita a máquina en orden alfabético) de ingresantes y no lo encontraba en la letra "LL"... , al borde de la desesperación seguí la búsqueda y al final de la lista (después de la "Z")... ¡estaba! A mi lado un inconfundible "cachimbo" (sin pelo y con gorrita) murmuraba: "¡Pobre chica! ¡El susto que se habrá dado!", a lo que yo respondí "... ¡esa chica soy yo!". Como puede fácilmente deducirse el nuevo universitario era Percy Cayo Córdova.

Este encuentro fortuito marcó el inicio de una amistad que se enriqueció con nuevos miembros: Rosita Blanco, Jorge Bernal y Camilo Carrillo.

Estudiamos juntos el por entonces llamado Bachillerato y elegimos todos la especialidad de Historia, así que los años de "la Doctoral" nos mantuvieron unidos. En esa época éramos ya "instructores" (hoy llamados jefes de práctica) de la cátedra de Historia del Perú que dictaba nuestro Maestro José Agustín de la Puente Candamo.

Fue por iniciativa suya y con su asesoría que participamos en el Congreso de Historia organizado por el Instituto Riva-Agüero: otro motivo para trabajar juntos. Recuerdo que nos reuníamos a menudo en mi casa de Pueblo Libre, que hoy ya no existe.

Así siguió fortaleciéndose nuestra amistad, compartiendo experiencias, no sólo intelectuales, sino acontecimientos familiares, éxitos profesionales, alegrías y tristezas.

Hace casi cuarenta años viajé a España gracias a una beca del Instituto de Cultura Hispánica para investigar en el Archivo General de Indias y estudiar cursos del doctorado en la Universidad de Sevilla. Este año "sevillano" significó un encuentro más con Percy y Gladys su esposa, por quien tengo un gran cariño y admiración. Coincidentemente en este periodo lejos de la patria tuve ocasión de estrechar mi amistad con Franklin Pease, quien tenía también una beca en los archivos de Indias, y su esposa Mariana. Fue precisamente en el "carrito Opel adquirido en Bélgica" (que menciona Juan Ossio en el homenaje a Franklin Pease) que los cinco limeños recorrimos Europa "de Sevilla a Amsterdam" ("plagiando" a Wallerstein).

De regreso a la patria la vida continuó al compás de nuestras experiencias profesionales y familiares: Cada uno de nosotros a ritmo diverso. No nos vimos tan a menudo como antes pero nuestra amistad seguía intacta, nos reuníamos en ocasiones alegres y lamentablemente en situaciones dolorosas como cuando Rosita primero y Jorge después partieron hacia la eternidad... imagino a Percy reunido con ellos.

Desde la amistad, para Percy Cayo

*Ascensión Martínez Riaza
Alfredo Moreno Cebrián*

Nuestra relación con el Perú y su historia es también la de los amigos que hemos ido haciendo, los buenos amigos de tantos años. Y Percy Cayo lo es.

Juntos hemos andado/recorrido caminos profesionales y de vida. Él ha sido el mejor de los introductores en instituciones y medios académicos peruanos. A través de él, su secretario durante mucho tiempo, conocimos la noticia de nuestra incorporación a la Academia Nacional de la Historia del Perú, un honor del que nos sentimos especialmente orgullosos. Su dedicación a la institución fue intensa y eficaz y el recuerdo de las veces que acudimos a la Casa de Osambela invitados por la Academia, a veces por su iniciativa, forma parte de nuestro bagaje máspreciado.

Las puertas de universidades y centros de investigación se abrían con respeto al intelectual y a la persona, que siempre acudía cuando se trataba de colaborar en iniciativas que fomentaran el intercambio cultural y humano. La Universidad del Pacífico, la Pontificia Universidad Católica del Perú y el Instituto Riva-Agüero fueron espacios a los que estuvo estrechamente vinculado.

Lector infatigable y crítico, su pasión por la Historia corría paralela a su exigencia por el trabajo bien hecho. En él se dio esa difícil simbiosis entre el investigador y el profesor. Conocedor profundo de la historiografía sobre el Perú, gustaba de contrastar las ediciones pasadas y las más recientes sobre un mismo tema, contraponiéndolas, revisándolas y enriqueciéndolas con sus aportaciones. Le interesaba además conocer qué había detrás de los textos, la trayectoria de sus autores y las circunstancias en que escribieron, porque entendía que eso ayudaba a explicar perspectivas e interpretaciones.

Se preocupaba por atender con igual cuidado lo grande y lo pequeño

porque para él todo era importante. Lo bien hecho bien hecho está, ése era el norte por el que se guiaba. Y ahí están sus trabajos, rigurosos en los planteamientos, en la exposición y en el aparato crítico que los sustentaba. En la investigación compartíamos el interés por el Perú del siglo XVIII, la independencia y el siglo XIX. Sus aportaciones a la historia social y política a través de algunos de sus actores más significados: Hipólito Unanue, Juan Pablo Viscardo y Guzmán, el general Guillermo Miller, Ramón Castilla, Andrés Avelino Cáceres, entre otros... son referencias y ejemplos de cómo a partir del análisis de casos se abre el conocimiento de problemas globales. De ellos se ocupó en lo que sería una de sus líneas estratégicas de investigación, las relaciones internacionales del Perú, con especial dedicación a las que mantuvo con el Ecuador y Chile.

Su biblioteca era un universo abierto y ordenado con una notable especialización en sus temas de estudio. En cualquier momento de una conversación sobre nuestros trabajos, se dirigía sin pensárselo dos veces hacia un estante, tomaba una obra y buscaba en ella una de las anotaciones en las que con su letra minúscula y definida había escrito una aclaración o una pregunta, en una demostración de su prodigiosa memoria y de que sus libros eran instrumentos vivos que conocía a fondo y manejaba constantemente.

En su mente se organizaban y relacionaban las informaciones y los significados que transmitía con un discurso claro y potente. Sus conferencias y contribuciones en congresos y reuniones científicas se caracterizaban por esa capacidad suya para hacer asequible lo complejo, sin hacer concesiones ni renunciar al nivel de exigencia que siempre mantuvo.

Su prestigio le llevó a ser convocado en foros nacionales e internacionales. Entre ellos uno de profundo calado que tuvimos la oportunidad de seguir de cerca, la participación en la comisión de expertos que se formó a finales de 1996 para mantener una serie de encuentros con homónimos ecuatorianos. Aportó su conocimiento científico y ese talante conciliador y dialogante que era uno de sus grandes haberes porque estaba convencido de que la historia debía ser un medio para el entendimiento y no para la confrontación.

Y ¡quién tan generoso! Al tanto de nuestras investigaciones, ahí estaba siempre con esa referencia bibliográfica que desconocíamos o con esas certeras notas manuscritas que aclaraban o completaban ésta o aquella cuestión. Conservamos los recortes de prensa con noticias de las actividades en las que participábamos cuando estábamos en Lima y que él se cuidaba de recortar para luego enviárnoslas por correo o entregárnoslas cuando nos encontrábamos.

Acompañarle por las librerías de Lima era todo un placer además de una aventura provechosa. Sabía dónde ir y cómo conseguir las mejores ofertas a los precios más cómodos. La muestra de libros del Museo de la Nación era habitual en sus recorridos, como lo eran los principales establecimientos de Lima en los que se movía con la familiaridad del cliente preferencial. Desprendido y atento, era habitual que nuestros equipajes de vuelta a España cargaran con varias obras “cortesía de Percy”.

Obviando las distancias nos manteníamos en contacto permanente, por carta durante muchos años, y después por correo electrónico, sistema que él –poco amigo de la informática–, utilizaba como la correspondencia tradicional, largamente, recreándose en los detalles. Pero nada sustituía a su voz y ahí estaban las llamadas recordando fechas señaladas y esa costumbre, cuando uno de los dos llegaba a su casa, de tomar el teléfono y llamar al otro. Y así ya estábamos juntos.

La alegría de los encuentros iba acompañada de esa ironía que era parte de su carácter. Siempre decía, ¡viene Ascen, va a pasar algo! Y pasaba, cómo no iba a pasar en el Perú de los años difíciles. Como aquel de 1987 en que, contando con su colaboración muy directa, formamos parte de la comisión que organizó la Tercera Exposición del Libro Científico y Técnico, en la que diversas instituciones oficiales españolas hicieron una importante donación de libros a la Biblioteca Nacional del Perú. Coincidimos con un momento álgido de violencia provocada por las acciones de Sendero Luminoso y por la crispación social causada por la decisión de Alan García de nacionalizar la Banca. Luego lo hemos recordado con sabor agrídulce, pero convencidos de que nuestra amistad se reforzó entonces.

Percy Cayo siempre ha estado ahí. Nos hizo sentirnos en casa y en

familia. En “el buque” (él sabe...) nos han esperado Gladys, Raúl y Tati. Y la hemos pasado juntos: almuerzos familiares los domingos (esos restaurantes criollos...), tertulias distendidas, paseos hasta Chilca, Chosica o Punta Hermosa...

En los largos días de trabajo en el centro de Lima, era relajante y reconfortante volver a casa y compartir lo cotidiano. También participar de las intensas veladas culturales limeñas: hoy una presentación de un libro, mañana una conferencia, en muchas ocasiones reuniones con amigos. Tan buenos amigos, como Félix Denegri, Franklin Pease o D. Guillermo Lohmann que nos recibían en sus casas o que acudían cuando Gladys y Percy los convocaban para que estuvieran con nosotros y pasábamos un rato distendido gracias a unos anfitriones tan cálidos.

Gracias a su afición por registrar “acontecimientos” guardamos testimonios gráficos de muchos momentos, fotografías que ahora miramos con dolor y al tiempo con la alegría de lo que hemos vivido.

Va por Percy y por todo lo que compartimos. Y decimos “compartimos” en presente, porque él sigue el camino con nosotros, que hemos tenido la suerte de contarnos entre sus amigos.

Elaboraciones sobre una amistad

Mariana Mould de Pease

Pasar el año de 1966 en España con Percy Cayo Córdova y Gladys Benavides de Cayo cuando Franklin Pease G.Y., mi esposo, y yo iniciábamos nuestra vida matrimonial hizo posible una amistad que se proyectaría hacia la eternidad, ya que se consolidó sobre el compartir las experiencias y sensaciones concomitantes a la investigación en sus repositorios documentales, básicamente en el Archivo General de Indias en Sevilla.

Compartíamos la vivienda, pero, sobre todo compartíamos el viajar. Fueron momentos de concertar intereses y gustos que hicieran espacios y tiempos para entretenernos, para el deleite con una comida exquisitamente distinta y similar con las paellas y arroces a la valenciana de los restaurantes que nos eran accesibles; para la contemplación de un paisaje diverso en sí mismo y en conjunción con la arquitectura urbana y rural que evidenciaba el paso del tiempo en Iberia; para mirar –y admirar– obras de arte en sus respectivos contextos románicos y/o barrocos. Eran tiempos de reírse abiertamente de nosotros mismos, de reírse cuidadosamente de los otros.

En la España del generalísimo Francisco Franco se vivían tiempos de una austeridad económica, así como de una sumisión ante la autoridad política que nosotros todavía no habíamos experimentado en el Perú.

La conversación –cual fuese el tema– con ilusión y esperanza era omnipresente ya hiciese muchísimo frío en Ávila o muchísimo calor en Écija; o simplemente paseando –muchas veces con Susy Llontop y su fino sentido del buen humor– por la Alameda de Hércules, por los Jardines de San Telmo o la Plaza de España en Sevilla.

Así llegó el tiempo de regresar a Lima, primero nosotros y después los Cayo. Pronto se nos hizo evidente que teníamos bastante más en común que unos recuerdos que podían desvanecerse, ya teníamos



De izq. a der. (de pie): Percy Cayo Córdova, Franklin Pease G.Y. y Jorge Bernalles Ballesteros; (sentadas) Gladys Benavides de Cayo, Mariana Mould de Pease y Susana Llontop Sánchez Carrión en Sevilla. (noviembre de 1966).

una amistad sólida y profunda asentada en la ilusión y la esperanza por la vida en el Perú. Llegaron para ellos y nosotros los tiempos –intermitentes– de austeridad y sumisión ante la autoridad, luego también vinieron momentos de prosperidad y de apertura democrática. Los acontecimientos políticos propios del paso del tiempo en el país fueron siempre tema de conversación desde la Historia –así con mayús-

culas–; es decir, de análisis, de confrontación y coincidencias ante el devenir político del país que fuesen trascendentales o triviales arraigaban en condiciones y situaciones ancestrales aún no suficientemente investigadas y difundidas para ser abierta y masivamente comprendidas. La acción política de unos cuantos en el Perú parecía –y aún parece– invadir hasta los más recónditos espacios laborales de la vida cotidiana de sus diversas gentes ya fuesen los tiempos del general Juan Velasco Alvarado o los años noventa de Alberto Fujimori Fujimori.

Percy y Franklin asumieron sus respectivas responsabilidades intelectuales –que quizás debiera llamar laborales– puesto que se trataba de la docencia, de la publicación especializada, de la gestión cultural pública y privada. La sociedad limeña –peruana en general– ya abiertamente les reconocía al momento de su fallecimiento. En España sus obras publicadas los habían convertido en visitantes frecuentes para ejercer la docencia y mantener el diálogo transatlántico con los colegas que ahora disfrutaban de la libertad de expresión y de la prosperidad que trajo la apertura democrática que siguió a la muerte del generalísimo Franco.

Esta trayectoria de vidas paralelas y entrelazadas que no llegó

a proyectarse en la reflexión serena, profunda, sólida que podía augurarse traería para ambos la ancianidad, me lleva ahora a elaborar sobre esta amistad para enriquecer las relaciones hispano peruanas a partir de mi propia experiencia personal bilateral.

Es así que Jorge Bernales Ballesteros –aun más tempranamente fallecido–, historiador del arte virreinal y compañero de promoción de Percy en la Pontificia Universidad Católica del Perú era cónsul honorario del Perú en Sevilla. En cumplimiento de estas funciones vivía en el edificio que había sido el Pabellón del Perú en la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929, donde por supuesto también quedaban las oficinas. Este monumento andino hispano, diseñado por Manuel Piqueras Cotoí, versátil artista español afincado en el Perú, albergaba por entonces –perfectamente embalados– los objetos prehispánicos y sus respectivas vitrinas pertenecientes al Museo de Arqueología Peruana (hoy MNAHP), que habían sido expuestos en dicha ocasión. La conversación entonces giraba por unos momentos sobre el hecho de que dichas obras de arte aún no habían sido devueltas... Jorge estuvo casado con Marian Mendoza, de nacionalidad española.

Estas conversaciones adquieren un especial sentido ahora cuando trabajo como investigadora del patrimonio histórico mueble del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú y compruebo que este tema sigue vigente en la conversación de mis jóvenes colegas Maritza Pérez Ponce y Julissa Ugarte Garay, al compartir conmigo información e imágenes que documentan tanto el origen como la procedencia de esas piezas arqueológicas prestadas de buena fe por el Perú. Hablamos de Percy –y por supuesto también de Franklin– y sus respectivas preocupaciones por la conservación de las fuentes para la historia del Perú en su larga duración.

La salida sin retorno de estos 1 380 objetos precolombinos y sus respectivas vitrinas está debidamente documentada ya que para entonces teníamos la Ley 6634 –promulgada por el presidente Augusto B. Leguía en 1929– que en su artículo 3° estipulaba: *Pertenecen igualmente al Estado, los restos humanos, tejidos, amuletos, artefactos de madera, cobre, plata, oro, barro cocido, piedra y cualesquiera otros materiales, herramientas, utensilios, y demás objetos de cualquier otra*

naturaleza y aplicación, contenidos en los monumentos que se refieren los artículos anteriores, aun cuando se descubran o traigan de terrenos de propiedad particular. El artículo 13° de esta misma norma legal crea el Patronato Nacional de Arqueología destinado a la protección y conservación de los monumentos históricos, antigüedades y obras de arte de la época prehispánica, cuyas funciones se reglamentarán por el Gobierno. Julio C. Tello fue el gestor intelectual de la Ley 6634 por ser el director del denominado en ese momento Museo de Arqueología Peruana por lo que procede de inmediato a redactar dicho reglamento que hace obligatorio el inventario de los objetos precolombinos en el plazo de un año. Julio C. Tello –arqueólogo sanmarquino con estudios de post grado en los Estados Unidos– es también un eficiente funcionario público y de inmediato envía al Señor Ministro de Instrucción y Presidente del Patronato Nacional de Arqueología, un oficio fechado el 20 de octubre de 1931 que sustentaba con sólidas evidencias técnicas siguiendo criterios científicos internacionales:

1. *Que la colección arqueológica que fue enviada a Sevilla sea devuelta íntegramente al Perú, tal como fue entregada junto con las vitrinas prestadas por el Museo de Arqueología Peruana, hoy departamento de Antropología del Museo Nacional.*
2. *Que el recibo de dicha colección se haga mediante la confrontación e identificación de cada una de las especies, tal como aparecen en los dibujos y fotografías del catálogo de entrega de la colección.*

Esta documentación sobre los esfuerzos efectuados durante muchos años desde el Patronato de Arqueología para gestionar el regreso –de España– de estas 1 380 obras de arte precolombinas está debidamente clasificada. En esta documentación hay cuidadosas descripciones, dibujos e incluso fotografías de estas piezas que permite estudiar, comprender y difundir este episodio en detrimento del patrimonio cultural del Perú como un hecho histórico en que la acción política gubernamental no tuvo en cuenta la gestión cultural pública. Por ejemplo, allí consta que 927 de estas piezas pasaron a París para mostrarse en la exposición titulada *Los tesoros del Perú*, que se inaugurara en el Petit Palais el 20 de mayo de 1958. Asimismo, la

documentación conservada en los archivos del hoy denominado Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú hacen posible verificar que dichas piezas regresaron al país y que actualmente forman parte del patrimonio arqueológico mueble que custodia esta institución pública.

La revisión de este inventario me permite ahora contribuir a iniciar el seguimiento de las 453 obras de arte precolombinas restantes –que debidamente embaladas– vimos en el consulado del Perú en Sevilla en 1966. Además, reitero, la amical generosidad de las arqueólogas sanmarquinas Maritza Pérez y Julissa Ugarte también me permite verificar que algunas de estas piezas arqueológicas figuran en la publicación titulada *Museo de América*, editada por Cruz Martínez de la Torre y Paz Cabello Cano en Madrid, en 1997, dentro de la serie Colecciones, monumentos y museos que

edita Iber Caja. La difusión en este hermoso libro profusamente ilustrado de algunas de estas piezas sin ninguna referencia a que sus respectivas procedencias se remontan a excavaciones científicas llevadas a cabo durante la gestión cultural pública del insigne doctor Julio C. Tello y que por lo tanto existe información técnica redactada que también tiene dibujos hechos *in situ* –las famosas libretas de campo– que se conservan en el archivo del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, abre un nuevo espacio para el ya aludido diálogo intelectual científico transatlántico.

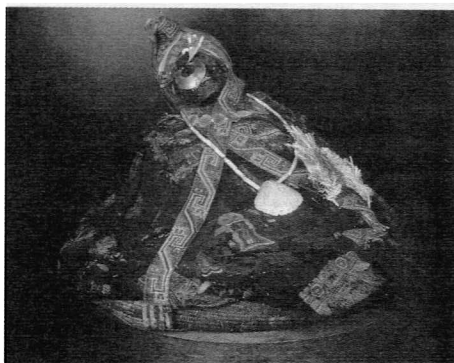


Momia Paracas en 1929
Lima

Aquí incluyo las fotografías de la Momia Paracas en el *Museo de Arqueología Peruana* de Lima en 1929 - y de su actual ubicación en el Museo de América de Madrid mientras espera ser devuelta a su lugar de origen. El manto que envolvía originalmente a la momia,

ha sido retirado y actualmente dispuesto en una vitrina aparte en la Sala donde se exhiben dichos especímenes.

Estas conversaciones se dan poco antes de escribir estas líneas para dar continuidad a mis recuerdos de las conversaciones transatlánticas con ese gran señor de la amistad que fue Percy Cayo Córdova, y ocurre



*Momia Paracas en la actualidad
Museo de América (Madrid)*

en el edificio de arquitectura neo andina que se yergue en los terrenos adyacentes a la Quinta de los Libertadores en el limeño distrito de Pueblo Libre, que alguna vez se llamó de la Magdalena Vieja. Por la dirección de este espacio –también rememoro– se entablaron a lo largo del siglo XX apasionadas discusiones entre peruanos que se consideraban (o eran considerados por los demás) “indigenistas” o

“hispanistas”. Estas discusiones –aquí sucintamente elaboro– trabaron las gestiones de política cultural internacional pública que el gobierno del Perú –ya fuese democrático o autoritario– debía hacer ante el gobierno español –ya fuese republicano, franquista o nuevamente una democrática monarquía borbónica– para concretar el regreso a su legítimo contexto histórico de estas 453 piezas. Este texto trata de pasar unos recuerdos transatlánticos a la historiografía peruana, algo del legado ético e intelectual de estos dos historiadores formados en la Pontificia Universidad Católica del Perú, y así contribuir a sustentar y argumentar la tardía vuelta a casa de las 453 obras de arte precolombinas aquí en cuestión.

Recuerdo de Percy Cayo

Armando Nieto Vélez S.J.

Los primeros recuerdos de mi amistad con Percy Cayo se remontan al año 1955. Terminaba yo mis estudios de Historia, y él se disponía a comenzarlos. El Seminario que dirigía José Agustín de la Puente congregaba ya en el Instituto Riva-Agüero a alumnos de Letras que mostraban disposición y afición a las disciplinas históricas. Algunos de ellos ya no están con nosotros: César Pacheco, Carlos Deustua.

De una generación más joven que la nuestra, Percy aportó su interés por la época de la República, y dentro de ésta los tiempos de la Confederación y de la guerra con Chile y sus antecedentes. Casi todos los de ese grupo del Seminario de Historia nos iniciamos en la enseñanza de la asignatura en colegios y universidades.

Por su claridad expositiva y su preparación de las clases, Percy fue particularmente apreciado en la cátedra. Integró el cuerpo docente de la especialidad de Historia en nuestra Universidad Católica pero también en la Universidad de Lima y en la del Pacífico y en las Escuelas de Oficiales. Como ha dicho de él José Agustín de la Puente en el discurso de los funerales, Percy "pasó de ser profesor a ser maestro en la enseñanza de la vida del Perú. Cotidianamente trasmitía en sus clases, con autoridad personal y fundamentos intelectuales, su creencia en el Perú y su cariño a la nacionalidad."

Demostró un profundo conocimiento de la historia del Perú en relación con los países vecinos, especialmente Ecuador, Bolivia y Chile; y nos ha dejado valiosos libros y artículos. Fue asimismo colaborador insigne de la *Historia Marítima del Perú*. Pronto serán publicados los capítulos que preparó con su acostumbrada erudición, destinados a enriquecer esa colección monumental.

Nuestra amistad se fortaleció en las instituciones que nos reunieron con otros entrañables colegas. En el Instituto Riva-Agüero,



*De izq, a der., Alberto Tauro del Pino, Luis Alberto Sánchez, Armando Nieto Vélez SJ y Percy Cayo Córdova en casa de Félix Denegri Luna.
16 de junio de 1985*

generosa entrega. En los últimos años expresaba su preocupación por el descuido de la enseñanza de la Historia en la etapa escolar, omisión que hasta el momento no se remedia por parte de quienes deberían hacerlo. Nunca regateó Percy su participación en cursos de Historia para maestros. Predicaba con el ejemplo. Su servicio a los altos intereses del Perú fue decidido y generoso. Recordamos su efectiva participación en la comisión de Relaciones Exteriores que trabajó por llegar a lo que son los Acuerdos de Brasilia de 1998.

Percy nos deja un claro testimonio de amistad y una luz de ejemplaridad en su amor al Perú.

en la Academia Nacional de la Historia (de la que fue activo Secretario), en el Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú echamos de menos su sentido de la amistad, su fino humor y la franqueza para exponer sus opiniones. Sus antiguos alumnos también le recuerdan por su dedicación a las clases y su

Adiós a un Caballero Antiguo

Felipe Ortiz de Zevallos

Quiere la Universidad del Pacífico, en estas circunstancias dolorosas, cumplir con el deber de despedir a uno de sus profesores más representativos y valiosos, el historiador Percy Cayo Córdova.

Percy fue un docente respetuoso de la verdad y sabedor de que a ella no se llega sino a fuerza de despreciar lo superfluo. Espíritu crítico –precisamente fue *Historia Crítica del Perú* el primer curso que enseñó en nuestra Universidad hace ya más de 27 años–, pero siempre con una mirada abierta a lo nuevo, consciente, sin embargo, de que lo novedoso suele ser, muchas veces, una vieja verdad que anteriormente resultaba oculta por el prejuicio, el menosprecio o la ignorancia, vicios que él combatió con la porfía de su trabajo honesto de investigación y reflexión.

El profesor Percy Cayo despertó siempre reconocimiento y respeto. Nos deja una lección de trabajo, de humildad, de rigor, de lealtad y consecuencia. En nuestra Universidad del Pacífico, fue Jefe del Departamento de Humanidades, miembro de los Consejos de todas las Facultades, así como del Comité Electoral, el Comité de Admisión y el Tribunal de Honor. Enseñó también en otros centros académicos del Perú y España. Fue Secretario de la Academia Nacional de la Historia. En todas estas funciones, Percy no sólo aportó luces sino también calor. Respondió así a la que tal vez sea la más alta misión del hombre: hacer de su vida una obra lograda. Crearse a sí mismo.

Percy creía en la integración latinoamericana. Las Academias de Historia de Bolivia, Colombia, Ecuador y Argentina lo nombraron miembro correspondiente. Sin ejercer ningún poder factual, fue condecorado por los gobiernos de Bolivia y Venezuela, además de ostentar la Orden al Mérito por Servicios Distinguidos, en el grado de Gran Cruz, del estado peruano.

“Las ciencias de mañana y los valores de siempre” dice el lema de nuestra Universidad. Percy siempre reflejó en su actuar estos valores de siempre y su mente crítica y desapasionada, su análisis sereno de nuestra historia contribuyó a que, en base a esta plataforma, pudieran sus alumnos proyectar con más confianza las ciencias del mañana.

Por última vez pasó por la Universidad hace algunas semanas. No sabíamos, entonces, que el abrazo que nos dimos por el reencuentro era también el abrazo del adiós. Percy Cayo inicia el largo, interminable viaje por la memoria de los suyos. Quienes lo conocimos daremos testimonio de su presencia de caballero antiguo.

Comienza en paz tu recorrido en el reposo eterno.

Hasta siempre, amigo, a Dios.

Mis recuerdos de Percy

Jorge Ortiz Sotelo

Conocí a Percy Cayo hace un par de décadas, en el Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, donde él colaboraba como investigador, habiendo realizado un importante trabajo de recolección de fuentes en diversos archivos españoles. Desde un primer momento me brindó su amistad y apoyo, alentándome a perseverar en mi interés por la historia.

Durante buena parte de los años ochenta nos veíamos con cierta regularidad los días domingos, cuando ambos acudíamos a la rica biblioteca de Félix Denegri Luna para avanzar en algún proyecto de investigación en particular, o simplemente para compartir alguna interesante conversación con otros "usuarios" de la biblioteca que por ahí caían. En esos años fui testigo de la gran amistad que Percy tenía con don Félix, como solíamos llamarlo, y de su gran dedicación a impulsar la Academia Nacional de la Historia, en la que se desempeñó como secretario desde su incorporación en 1980.

Uno de los temas sobre los que eventualmente conversábamos era nuestro colegio, el San Andrés, antes Anglo-Peruano. Fundado en 1917 por John A. Mackay, misionero de la Iglesia Libre de Escocia, contó con notables profesores –como Haya de la Torre, Raúl Porras, Jorge Guillermo Leguía y Manuel Beltroy–, logrando despertar algunas vocaciones por la historia entre sus estudiantes –entre ellos César Gutiérrez Muñoz, Fernando Rosas e Iván Hinojosa–. Pero más allá de ese tipo de recuerdos, y de una temprana experiencia como profesor en el Colegio Franco-Peruano, Percy tenía un particular interés en la forma como se enfocaba la enseñanza de la historia en los colegios peruanos y de nuestros países vecinos, especialmente en el caso del Ecuador.

Con su acostumbrada paciencia y meticulosidad, había logrado reunir un número significativo de textos escolares ecuatorianos, revisándolos y anotando al margen sus comentarios y observaciones, con una letra

menuda y perfilada. Percy estaba convencido de que buena parte de nuestras dificultades con el Ecuador provenían de los llamados “fantasmas” del pasado. Había que exorcizarlos y esto demandaba que peruanos y ecuatorianos asumiéramos con serenidad la historia que compartíamos, dejando de lado el exacerbar las pasiones, sin que ello implicara renunciar a nuestra memoria colectiva. El conflicto de 1995 le hizo ver la urgencia de emprender esa tarea y al igual que Félix Denegri, Ernesto Yepes y algunos otros académicos peruanos, se empeñó en buscar mecanismos para que historiadores de ambos países podamos comenzar a dialogar para enterrar esos “fantasmas”. Esta tarea encontró eco en algunos colegas ecuatorianos, como Jorge Núñez, Enrique Ayala, Jorge Salvador Lara y Adrián Bonilla, y mientras los gobiernos de ambos países llevaban a cabo las largas negociaciones que concluirían en los tratados de paz de 1998, Percy propició varias de esas reuniones. Tuve oportunidad de tomar parte en un par de ellas, una en Lima en diciembre de 1998 y otra en Cuenca al año siguiente, siendo testigo de sus desvelos para levantar la prolongada suspicacia con que nos habíamos mirado de uno y otro lado.

Pero para consolidar una cultura de paz entre peruanos y ecuatorianos también debía involucrarse a los hombres de prensa de ambos países. Fue por ello que Percy participó con entusiasmo en la tarea que en ese sentido emprendió la Facultad de Comunicación de la Universidad de Piura. Su voz serena y a la vez motivadora fue escuchada por los periodistas de El Oro, Loja, Tumbes, Piura y Cajamarca, en dos eventos llevados a cabo en el 2001 y el 2002. Por razones de salud no pudo asistir al tercer evento, realizado a fines del 2003, pero el mensaje ya estaba sembrado, y es por ello que, como justo reconocimiento, los organizadores de estos eventos han dedicado “a la memoria del maestro Percy Cayo Córdova”, el libro que reúne los trabajos presentados en esas tres jornadas (Luisa Portugal, editora. *Periodismo de frontera: un proyecto para la paz Ecuador - Perú 2001-2003*. Piura: Universidad de Piura, 2004).

La tarea que emprendió era compleja, pero contribuyó a facilitarla el profundo conocimiento que había adquirido de la historia ecuatoriana y la amistad que había logrado establecer con varios colegas de ese país a lo largo de los años, pudiendo mencionar entre ellos

a Ernesto Salazar, María Elena Porras, el general Marcos Gándara y el desaparecido Alfredo Pareja. Particularmente estrecha fue su amistad con Gustavo Noboa, como lo destacó en su discurso al recibir el *profesorado honorario* en la Pontificia Universidad Católica del Perú, siendo vicepresidente de Jamil Mahuad.

Las largas conversaciones que sostuvimos en esos años, en los que Percy se vio involucrado en las negociaciones de paz, participando en varias de las reuniones llevadas a cabo en Brasilia, me permitieron conocer mejor no sólo la historia y la realidad ecuatoriana, sino a los ecuatorianos y su percepción del Perú y de su propio país. Ese conocimiento, y sus contactos en el mundo académico ecuatoriano, fueron invalorable para mí en los siguientes años en que, por estar involucrado también en dicho proceso, tuve que viajar con mucha frecuencia al Ecuador. En cada viaje llevaba encargos de Percy para algunos amigos ecuatorianos y le traía libros y revistas que enriquecían la sección ecuatoriana de su valiosa biblioteca.

Otro de los temas sobre los que conversábamos con regularidad era la historia de nuestras complejas relaciones con Chile. Al igual que con el Ecuador, tenía amistad con muchos historiadores chilenos, entre ellos Sergio Villalobos. Pero esa amistad no le hacía perder la perspectiva de la crítica histórica, siendo así que la ejerció con firmeza cuando éste le envió su último trabajo sobre las relaciones peruano-chilenas (*Chile y Perú, la historia que nos une y nos separa 1535-1883*. Santiago: Editorial Universitaria, 2002). Las observaciones de Percy fueron muy duras, ante un libro que excusa excesos que ciertamente Chile cometió respecto a nuestro país, enviándoselas a Villalobos en una extensa y sustentada carta sobre la cual conversamos en más de una ocasión.

Bolivia y su accidentada historia, con sus estrechas vinculaciones con el Perú, era algo que también le despertaba pasión. También había logrado establecer fuertes lazos de amistad con varios historiadores bolivianos, entre ellos Jorge Gumucio –quien tuvo el placer de condecorarlo cuando fue embajador de su país en Lima–, José de Mesa, Clara López y Laura Escobari de Querejazu.

Gracias a la amistad de Percy conocí a varios de esos historiadores latinoamericanos, lo que me facilitó llevar a cabo algunos proyectos

de investigación. En todos ellos encontré aliento y apoyo de su parte, y en varios de esos casos revisó y comentó mis originales, dándome valiosos consejos para mejorarlos e incluso prologando algunos de ellos.

Pero nuestra amistad sobrepasó largamente lo académico. Compartimos momentos gratos y también los ingratos, como fue el caso del secuestro de que fue víctima el 20 de abril de 1996, que trajo como lamentable secuela la muerte de un jefe policial, amigo de la familia. Más gratos fueron algunos viajes que efectuamos juntos, como el que hicimos en noviembre de 1993 para tomar parte en el II Simposio de Historia Marítima y Naval Iberoamericano, en Viña del Mar; y uno realmente memorable que llevamos a cabo con nuestras familias a París, Pontremoli y Roma a principios del 2000. La aventura comenzó en la Ciudad Luz, que recorrimos de un lado a otro durante una semana, compartiendo varias veladas con amigos comunes, como mi hermano César, Augusto Thornberry, mi compañero de colegio y alumno de Percy en la Academia Diplomática, y el contralmirante Jorge Brousset, entonces agregado naval en dicha ciudad. Entusiastas del chifa, los Cayo nos llevaron a recorrer el Barrio Latino en busca de algún restaurante de comida china que pudiera constituirse en nuestra base de operaciones gastronómicas. Finalmente lo encontramos en un estrecho local de dos pisos, muy cercano al antiquísimo Hotel Esmeralda, donde Percy y Gladys se habían alojado algunos años atrás.

El viaje a Pontremoli, pequeña ciudad toscana, lo hicieron Percy y Gladys Cayo en tren, quedándoles como recuerdo de aquel tramo ferroviario una maleta desvencijada que fue motivo de bromas durante todo el resto de la jornada. Nuestra estada en Pontremoli obedecía a la invitación de nuestro común amigo Darío Manfredi, director del Centro di Studi Malaspiniani "Alessandro Malaspina", con motivo de la presentación de su último libro sobre ese gran explorador español de fines del siglo XVIII (*Alessandro Malaspina e Fabio Ala Ponzzone. Lettere dal Vecchio e Nuovo Mondo (1788-1803)*). Bologna, Il Mulino, 1999), nacido y muerto en esa zona de la Toscana. Cumplido este compromiso nos dirigimos a Roma, donde disfrutamos durante una semana de la magnífica hostería del Instituto Italo-Latinoamericano (IILA), dirigido entonces

por el embajador Bernardino Osio. Recorrimos juntos diversas partes de la Ciudad Eterna, especialmente la zona de Campo di Fiori, donde fiel a su preferencia gastronómica chifera, nos convertimos en clientes frecuentes de un restaurante de comida china, que creo recordar se llama “El Palacio de la Luz”, donde la última noche que estuvimos en Roma un gato nos jugó una broma algo olorosa.

El aporte de Percy a la historia marítima se tradujo en numerosos artículos y en su contribución a dos tomos de la *Historia Marítima del Perú*, uno de ellos sobre “El entorno internacional y la política exterior en el periodo 1870-1876” (Lima, IEHMP, 1993, tomo IX; p. 486-688), y el otro sobre el periodo 1906 a 1919. Junto con Humberto Leceta, me fue muy grato colaborar con Percy en esta última investigación, que esperamos pronto salga como el tomo XIII de la colección que edita el Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú. Su colaboración con esta institución fue siempre valiosa y comprometida, pero en los últimos años se mostraba algo desilusionado por la poca capacidad de renovación e innovación que venía mostrando. En más de una oportunidad me lo comentó con tristeza y no poca desilusión.

Compartimos varias otras amistades, entre ellas una muy entrañable, la del historiador arequipeño Eusebio Quiroz Paz Soldán y su esposa Lucy. También fueron amigos comunes los historiadores españoles Ascensión Martínez, Alfredo Moreno y José Cervera Pery. Con este último, general del Cuerpo Jurídico español y miembro del Instituto de Historia y Cultura de su país, y con el contralmirante Ignacio González-Aller, entonces director del Museo Naval de Madrid, participamos en la Segunda Reunión de Historia Antártica Iberoamericana, que tuvo lugar en Lima en 1995. Percy nos invitó a cenar en su casa una de esas noches, sin pensar que su almuerzo de exalumnos sanadresinos se prolongaría más de lo debido, haciéndolo llegar un poco tarde a cumplir las funciones de anfitrión, tarea en la que lo reemplazó Gladys. Pese a ello, resultó grato que al despedirse de los Cayo, nuestros amigos españoles entonaran una conocida sevillana cuya primera copla comienza con:

*Algo se muere en el alma, cuando un amigo se va;
cuando un amigo se va, se va dejando una huella, que no se
puede borrar...*

Eso fue también lo que sentí cuando supe que había entrado en la fase final de su enfermedad. Lo visité con frecuencia, tanto en su casa como posteriormente en la clínica, donde sin hablar nos despedimos como lo que habíamos sido: un maestro y su discípulo, unidos por una larga amistad.

El amigo historiador

Yolanda Osterling

La presencia de Percy Cayo compartiendo nuestro tiempo es de aquellas que siempre permanecen con nosotros no sólo por sus obras y trabajos de investigaciones históricas, además por la alta calidad de sus cualidades personales.

Fue un privilegio conocerlo desde la época de estudiantes de la Facultad de Letras de la PUCP. En nuestro patio de la Plaza Francia tuve oportunidad de escuchar al grupo selecto de alumnos de la Doctoral de Historia, futuros historiadores, con Percy, Susana Llontop, Rosa Blanco, Margarita Guerra, Camilo Carrillo, entre otros quienes alrededor del maestro José Agustín de la Puente exponían y discutían los temas históricos; para quien como yo recién iniciaba mis estudios contribuyó a enriquecerme y despertar mi interés por esas materias que resultaban apasionantes.

Años más tarde compartí como maestro con Percy las aulas de la Academia Diplomática, continuaron entonces las charlas en los patios con nuestros alumnos, las conferencias especializadas, la generosidad y el entusiasmo de Percy por compartir documentos producto de sus investigaciones o cualquier novedad histórica.

En todo momento a su lado, la presencia de su esposa Gladys, compañera permanente de los afanes de investigador, que contribuyó a rodear su hogar de la atmósfera de paz y tranquilidad necesarios para la tarea de leer, investigar y escribir sus obras.

Un amigo que ejerció docencia con sus amigos, sin proponérselo y fuera del aula; como maestro de diferentes universidades e instituciones siempre con el tiempo necesario para las consultas de sus alumnos, hasta sus últimos días.

Fue admirador y conocedor de la obra y la calidad personal del historiador de la República Jorge Basadre, compartió con él mu-

chos momentos de intercambio y aprendizaje, de entusiasta charla sobre los temas que a ambos apasionaban, tomó un especial cariño por Tacna, la tierra natal del maestro, que visitó con frecuencia reuniéndose con los historiadores de esa tierra con los que mantuvo constante intercambio. Basadre en su último acto público (junio de 1980) dijo de él: *...doctor Percy Cayo, joven e infatigable estudioso del pasado nuestro.*

En el año 2002 me empeñé en programar las actividades para conmemorar el centenario del nacimiento de Jorge Basadre (2003), reuniendo a instituciones académicas privadas y buscar, como es usual para todo lo que se relaciona con los trabajos intelectuales, el apoyo económico de una entidad auspiciadora; en esos momentos fue de vital importancia el apoyo moral y el entusiasmo del amigo historiador Percy Cayo, perseverar en ello era tarea difícil, pues muchas veces se cae en el desaliento por las dificultades que se enfrenta, pero Percy Cayo no me lo permitió. Colaboró en el diseño del programa, en las personas e instituciones que debían integrarse, se involucró también en lograr la participación del estado a través del Ministerio de Educación.

Su ayuda fue invaluable y generosa para reunir documentos que me permitieron publicar la *Agenda de Basadre para el Perú del siglo XXI* (2003) y luego la recopilación *Mensajes de Basadre para el Perú del siglo XXI*. Los diversos eventos que duraron un año llegaron a feliz término en la Municipalidad de San Isidro, con la participación de la Academia Nacional de la Historia de la que Percy era secretario. Con César Gutiérrez Muñoz, su tesorero, y de los otros académicos, todos dilectos amigos de Percy, se logró la tarea, más allá de la calidad intelectual, por las cualidades que reúnen a los amigos.

A los homenajes se adhirió la Fundación M. J. Bustamante de la Fuente con la publicación de la *Antología de Basadre* (2003), encomendada a Percy Cayo; tarea exhaustiva y comprometida seleccionar esos textos; en su prólogo dice: *Tarea siempre ardua, más cuando se trata de elegir entre trabajos de un autor de largo quehacer –unos 60 años de producción– y notable por la variedad de ellos; la finalidad del*

autor con esta obra fue el lector pero sobre todo su preocupación, los jóvenes nuevos lectores: *el lector incentivado por la lectura que lo estimula a aprender más de cada tema, se entusiasma para conocer mejor el Perú que Basadre amó entrañablemente y al que toda su inmensa obra –y esta pequeña Antología también– contribuye a descubrir desde variadas perspectivas y temáticas.*

Con esta antología, Percy Cayo entregó a las nuevas generaciones la mayor selección con la que se cuenta actualmente sobre la obra de Basadre, convencido profundamente de que el mejor legado a los jóvenes es conocer la historia de su país, entusiasmarse, continuar investigando y divulgando el pasado para evitar errores e integrar la nación; una manera de amar al Perú, compartiendo fe y esperanza en su destino, es algo que nos transmitió y de lo que nos convenció este maestro y amigo historiador.

Percy Cayo o la pasión por la historia y su enseñanza

Raúl Palacios Rodríguez

Mi vinculación más lejana con Percy se remonta a mediados de la década de 1960 en las aulas de la antigua Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Gobernaba entonces el carismático e inquieto arquitecto Fernando Belaunde Terry, ungido como presidente constitucional tiempo atrás por la victoriosa alianza AP-DC y bajo la expectativa de la ciudadanía en general, especialmente de los sectores medios. El espíritu reformista imperaba por doquier: en las filas del ejército (impulsado desde el CAEM), en las combativas aulas universitarias (al influjo de la Revolución Cubana), en el seno de un sector de la Iglesia Católica (merced a las enseñanzas de las encíclicas papales) y en el ámbito de los partidos políticos modernos (fundados en las postrimerías del Ochenio odriísta). El recuerdo de la insurgencia de Fidel Castro en Sierra Maestra estaba fresco aún en la mente de muchos conciudadanos, así como también el repudiable asesinato del presidente John F. Kennedy.

Por otro lado, Lima con una población superior a los tres millones de habitantes, no sólo era el fiel reflejo de la explosión demográfica iniciada en el decenio del 50, sino también el principal núcleo receptor del imparable fenómeno migratorio interno con sus diversas y preocupantes proyecciones ya visualizadas entonces. La pronta masificación de la capital, la demanda urgente de nuevos y diferentes requerimientos, la impulsiva proliferación de populosas barriadas, las legítimas aspiraciones de una población en ascenso y, sobre todo, la nueva mentalidad de los migrantes frente a un espacio distinto e inédito, moldearía el nuevo rostro social y humano de la Gran Urbe. Sin embargo, el perjuicio hacia los provincianos (particularmente a los provenientes de la zona andina) era todavía ostensible y palpable en muchos ámbitos de la sociedad limeña; actitud que, de algún modo, se reflejaba también en determinados sectores del estudiantado y del profesorado universitario. Finalmente, el "desborde popular" (expresión que corresponde a

Matos Mar) ya se evidenciaba con preocupante incidencia, siendo el hervor urbano su máxima expresión. Este era, más o menos, el panorama que los jóvenes migrantes encontramos al arribar a la ciudad-capital hacia la mitad de la década del 60.

Por entonces, la Pontificia Universidad Católica del Perú, con sus casi cincuenta años de vida institucional, funcionaba en sedes dispersas. En la minuta pero activa Plaza Francia (testigo de infinidad de vivencias colectivas) se hallaba, por ejemplo, el local de Letras (más tarde sede de la remozada librería Studium). Con su artística reja de fierro forjado, con su casi rectangular patio de piedra y con sus vetustas y oscuras aulas (con pesadas e incómodas carpetas de madera multipersonales), este ambiente ubicado en la parte delantera, contrastaba con el estilo moderno de la edificación levantada en el traspatio del recinto. En su conjunto y visto desde ahora, podemos afirmar que el reducido espacio tuvo sus ventajas: favoreció no sólo la camaradería entre docentes y estudiantes, sino también el diálogo cercano y permanente entre ambos estamentos. Muchas, valiosas y perennes amistades nacieron precisamente al calor de este ambiente, teniendo como mudo referente el recordado y hoy inexistente local. Los estudios duraban dos años (no existía aún el sistema semestral) y en cada año se dictaba una asignatura de Historia del Perú. La plana docente era una mezcla interesante de madurez y de juventud, de profesores mayores y de jóvenes docentes que iniciaban su carrera. Entre estos últimos se hallaba Percy, que recién se había incorporado a su *alma mater* después de permanecer una prolongada estancia en España en condición de becario. Junto a Sara Hamann, Elena Villanueva, Susana Llontop, Carmen Villanueva, Jorge Rosales, Alfonso Pérez Bonany y otros, constituían el núcleo principal de la Cátedra de Historia del Perú (siglos XVIII y XIX) regentada por el maestro José Agustín de la Puente Candamo y que se cursaba en el segundo año.

Por aquella época, ya Percy mostraba un claro y definido apego por lo que más tarde sería la pasión y el encanto de toda su vida: la historia y la enseñanza de la misma. Ambas dimensiones, con el transcurrir del tiempo, se convertirían en la base de su cotidiano y fructífero quehacer y, tal vez, en la esencia misma de su propia existencia. Ese fue su mundo y luchó infatigablemente para desarrollarlo de la mejor

manera y transmitirlo a la gente de su entorno. En este sentido, sin eufemismo alguno podemos decir que fuimos miles los que nos beneficiamos de esta personal convicción que Percy desplegó a lo largo de toda su vida. Precisamente, quienes de algún modo estuvimos cerca de él por razones de carácter profesional, académico, amical e histórico, supimos aquilatar diariamente esta singular praxis. “El ejercicio histórico pleno, como el desempeño eficiente en aula -solían decir los pedagogos franceses de mitad del siglo XX- son cualidades indispensables para el éxito perenne”. Y Percy encajaba a la perfección en este bello estereotipo pedagógico.

Retrospectivamente, ¿cuál es la imagen que evocamos de Percy de aquellos lejanos años de estudiantes en las aulas de la Plaza Francia? Recuerdo verlo llegar al aula con su paso corto y cadencioso, con numerosos libros bajo el brazo y con su mirada escrutadora tratando de descubrir nuestro pensamiento. Sus ojos vivaces delataban su innata picardía. La sencillez en el trato (cordial y afable, pero firme también) nos llamaba mucho la atención y, dígame de paso, nos hacía sentir bien. Iniciaba la exposición del tema con admirable rigurosidad metodológica (fruto sin duda de su paso por la Facultad de Educación) capturando nuestro interés. A menudo solía auxiliarse con fichas de resumen a manera de ayuda-memoria y le agradaba que se le interrumpiese cuantas veces fuese necesario para aclarar, ampliar o repetir un concepto. Siempre la respuesta oportuna o el comentario acertado y preciso. Pero, a menudo también, hacía gala de su ingénito espíritu lúdico, con anécdotas u ocurrencias que dichas en lenguaje sencillo y jocoso, hacían atractiva la clase y alejaban el aburrimiento propio de escenas tediosas. Años más tarde (siendo ya amigos y colegas) disfrutamos de este espíritu irónico y de su fino humor.

El uso casi permanente y oportuno de textos históricos en el aula, fue otro de los atributos de nuestro querido Percy. Para motivar, reforzar o complementar el tema en discusión, la lectura histórica siempre lograba su objetivo. Quienes teníamos ya definida nuestra vocación por la historia, supimos aquilatar este particular beneficio didáctico, necesario e indispensable en el análisis histórico ayer como hoy. Además, eran textos de fuentes primarias (crónicas, dia-

rios de viajeros, testimonios de los precursores, cartas, documentos oficiales, etc.) que hacían más amena y fluida la exposición. Su entusiasmo en el comentario de dichos textos ciertamente no tenía límite. Por otro lado, hay que agregar la enorme habilidad de Percy en el manejo de las fuentes históricas y su profundo conocimiento de ellas. Esta peculiaridad no sólo se reflejó en la pulcra pesquisa histórica, sino también en el dictado cotidiano de las clases o en la conferencia erudita. Más aún, podemos afirmar que nuestro dilecto amigo era un experto conocedor de los principales repertorios bibliográficos existentes en Lima y en algunas provincias. Podemos dar fe de cómo con suma facilidad y prontitud proporcionaba el dato a propios y extraños. La referencia de libros o autores era su fuerte. Su proverbial generosidad, en este sentido, no tenía igualmente límite. Amigo personal de Ricardo Arbulú Vargas y de Alejandro Lostaunau Ulloa, eminentes bibliotecarios y bibliógrafos, seguramente mucho aprendió de ellos en sus años mozos de estudiante y, más tarde, de docente e investigador.

Personalmente, Percy era un convencido de la trascendencia de la historia (como ciencia y disciplina) tanto para la formación y consolidación de nuestra identidad, como para impulsar el desarrollo del país en base al aprovechamiento adecuado de la experiencia histórica pasada. Bajo esta convicción y a diferencia de otros colegas suyos contemporáneos, sabía perfectamente que el ejercicio histórico no debía quedarse sólo en el otear de ese pasado o en la exhumación del pretérito a la sombra del silencio de los muertos, sino que debía proyectar su acción en beneficio real y concreto de la sociedad. Desde esta perspectiva, más que una historia pasiva, estática e inerte, le preocupaba practicar una historia dinámica, activa y vital, donde lo sustancial no era tanto el dato, el acontecimiento o el personaje, sino la convivencia de los hombres en comunidad y en relación directa e inmediata con su espacio físico. Así, la vieja concepción de los hechos históricos alcanforados y aromatizados con naftalina (de la época del bueno de Michelet), ya por entonces no era sostenible a la luz de los valiosos aportes de la célebre e innovadora Escuela de Annales con Bloch, Febvre y Braudel a la cabeza. De estos aires frescos de renovación, sin duda alguna Percy se nutrió y, lo que fue más importante, supo transmitir diariamente

a sus alumnos con inalterable persistencia. Esto último, nuestro buen amigo lo practicó hasta el final de sus días.

Otro asunto que preocupó muchísimo a Percy y que se convirtió en una constante a lo largo de su dilatada trayectoria de docente, historiador e investigador, fue enlazar el conocimiento histórico con la ubicación geográfica. Para él –y lo repetía en todas las tribunas académicas posibles– la historia y la geografía debían marchar de la mano en la interpretación histórica. “Geografía e Historia –subrayaba convencido– constituyen un binomio tanto en el quehacer del historiador, como en el ejercicio cotidiano del docente en el aula”. En esto, nuestro admirado amigo bebió de los textos clásicos de los geógrafos alemanes Ratzel y Ritter y del francés Juan Brunhes. Cómo no recordar, por ejemplo, aquellos cursos masivos y exitosos para profesores de secundaria que en cada verano organizábamos en el Instituto Riva-Agüero y, posteriormente, en el Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, y en donde Percy tercamente insistía con los maestros en no dejar de lado la indicada relación entre Geografía e Historia. Los alumnos –solía decir– tienen que conocer y entender esta vinculación para poder comprender a plenitud lo que Toynbee llamaba el “desafío y la respuesta”. Por un lado –decía– el medio físico (vale decir el entorno geográfico) actúa como reto y la acción del hombre (o sea la experiencia histórica) como réplica. Su frenesí llegaba al máximo cuando analizaba el período prehispánico y hacía ver el maravilloso dominio que aquellos hombres alcanzaron sobre su espacio y su sabio aprovechamiento de ello en beneficio de la comunidad.

Algo que nos sorprendió sobremanera en la formación histórica de Percy fue su visión o dominio panorámico del acontecer nacional. La facilidad con que transitaba de un período a otro era realmente asombrosa e inusual. Y, lo más admirable aún, era que lo hacía sin mayor dificultad. Hablaba y disertaba tan igual sobre la etapa aborigen, que sobre la conquista, el dominio hispano, la emancipación o la república. ¿Tuvo alguna preferencia sobre determinado período? Pienso que sí: los siglos XIX y XX; más sobre el primero que sobre el segundo. En el orden temático, su inquietud se volcaba por la iniciación de la república, el período guanero, la guerra con

Chile, el Oncenio de Leguía, el régimen de Bustamante y Rivero, la administración belaundista, etc. En el terreno biográfico, sus figuras entrañables fueron Miller, Castilla, Manuel Pardo, Grau, Candamo, etc., siendo un implacable crítico de los regímenes “duros” y de sus respectivos protagonistas: Leguía, Odría, Velasco, Fujimori. No olvidó tampoco su inquietud por el estudio del indígena, de la clase obrera, del movimiento universitario, del quehacer educacional, cultural e intelectual y de la acción de las instituciones tutelares. La Marina de Guerra y la Historia Marítima en general fueron temas de especial consideración.

En el terreno metodológico, Percy igualmente nos legó múltiples enseñanzas que él ejercitaba a diario con el ejemplo. Una de ellas –la que más valoré como estudiante– fue su tenaz reticencia al ejercicio memorístico intrascendente. Enemigo de memorizar datos, sucesos, personajes o fechas, sugería más bien la conveniencia de comprender e interpretar los mismos tanto a la luz de la fidelidad del acontecer histórico, como de su correcta ubicación en el tiempo. Ello, obviamente, significó en su época un gran salto en el modo de entender la historia y su ejercitación en el aula. En los mencionados cursos de verano para los profesores, el énfasis del expositor se orientaba precisamente hacia este principio innovador de la Didáctica de la Historia. Y fuimos testigos cercanos de cómo los docentes, con aquella enorme y reconfortante apertura, asimilaban su enseñanza. Ello, sin duda alguna, se convirtió con el transcurrir del tiempo en un valioso efecto multiplicador. Y Percy tuvo muchísimo que ver en ello.

Para concluir esta breve e incompleta evocación de afecto, reconocimiento y admiración, debemos mencionar un aspecto importantísimo en el trajinar histórico de nuestro apreciado amigo y colega: su vasta producción intelectual. En efecto, de los historiadores de su generación, sin duda alguna Percy Cayo Córdova sobresalió por los cuantiosos y valiosos aportes historiográficos sobre personajes, épocas e instituciones de la historia nacional. En este sentido, innumerables son los artículos, ensayos, prólogos, folletos y libros que dan cuenta de esta proverbial producción. Cómo no mencionar, por ejemplo, su documentado Estudio Preliminar a las

Memorias del general Guillermo Miller; su bella biografía sobre Hipólito Unanue; sus diversos ensayos sobre el infausto conflicto de 1879 (sobre todo el que publicó Juan Mejía Baca en el tomo VII de la **Historia del Perú**); su valioso estudio acerca del *Entorno internacional y la política exterior en el período 1870-1876* (incluido en el tomo IX, volumen I de la **Historia Marítima del Perú**); su minucioso ensayo *El mar en el antiguo Perú* (publicado en el libro **El Mar de Grau y la Marina de Guerra del Perú**); su estudio sobre la etapa republicana incluido en la *Enciclopedia Temática del Perú* publicado por **El Comercio** en setiembre del 2004. La rigurosidad en el manejo del aparato crítico, el empleo de un estilo siempre claro y ameno, la veracidad del dato consignado y, principalmente, el juicio sereno e imparcial, fueron las notas sobresalientes de su incansable labor como estudioso e investigador de nuestro ancestral y rico pasado histórico.

*Despedida a Percy Cayo**

José Agustín de la Puente Candamo

La Academia Nacional de la Historia con pesar muy sincero despide los restos de Percy Cayo Córdova, miembro de número y secretario de la Corporación; amante de la historia, estudioso de la vida de la República y amigo al que se recordará con afecto.

Recuerdo a Percy Cayo Córdova cuando en 1955 ingresó en la Facultad de Letras de la Universidad Católica, en la Plazuela de la Recoleta, y demostró desde sus primeros años de estudio su vocación orientada a la investigación histórica. Perteneció a una promoción de estudiantes especialmente interesada en el pasado del Perú y con otros compañeros de aula se comprometió desde su juventud en investigaciones interesantes y participó siempre en las clases con preguntas agudas e inteligentes.

En un primer tiempo le interesó de modo más directo la época inicial de la República: los gobiernos efímeros, la Confederación Perú-Boliviana, Castilla. Más tarde el tiempo de la guerra con Chile y sus antecedentes fueron tema de su predilección. Asimismo, dedicó diversos estudios a cuestiones de límites y fue un excelente conocedor de la personalidad del Perú en el ambiente sudamericano.



Percy Cayo Córdova lee su discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia (24 de abril de 1981).

Obtuvo el doctorado en Historia en la Facultad de Letras de la Universidad Católica con una tesis notable sobre las Memorias de Miller, asunto que siempre le preocupó vivamente.

* Discurso leído el sábado 16 de octubre del 2004, en su calidad de presidente de la Academia Nacional de la Historia, en el acto de los funerales.

A su vocación orientada a la investigación histórica, se unió desde sus primeros pasos la vocación por la docencia, el cariño a la enseñanza de la Historia del Perú. Tal vez es éste uno de los temas capitales para entender la vida del amigo al que ahora despedimos. Pasó de ser profesor a ser maestro en la enseñanza de la vida del Perú. En diversos colegios y en universidades, ganó experiencia y confirmó en su espíritu una entrega fervorosa a la docencia. Cotidianamente transmitía en sus clases, con autoridad personal y fundamentos intelectuales, su creencia en el Perú y su cariño a la nacionalidad.

Percy Cayo ingresó en la Academia Nacional de la Historia en 1980 y colaboró siempre con nuestra Corporación y desempeñó con diligencia las funciones de la Secretaría.

No es fácil despedir a un amigo y a un colega. Se entretejen los recuerdos de unos años con memorias de otros tiempos, y en ese conjunto de nostalgias aparece el rostro esencial del amigo: dignidad en la conducta personal, dedicación seria al estudio, entrega generosa a los alumnos, sincerísimo afecto a su familia. La Academia Nacional de la Historia se inclina ante su recuerdo.

Que Dios le conceda el descanso eterno.

Valores, amistad e historia: Percy Cayo Córdova

Eusebio Quiroz Paz Soldán

Conocí a Percy Cayo más o menos en 1965 al lado de Franklin Pease y de César Pacheco Vélez. Entonces todos eran jóvenes y nos vinculaba un común interés por la investigación histórica y nuestra adhesión militante a las ideas social-cristianas que era más evidente en el partido Demócrata Cristiano al que no perteneció Franklin.

Tuvimos así motivos más que poderosos, sólidos y sin limitaciones para ir forjando una amistad que dura toda la vida y que se proyecta en la memoria de los tres que ya descansan en paz, al igual que ese verdadero hermano que era Óscar Mavila.

En esencia fuimos amigos en lo hondo del significado del término: amigos leales y fraternalmente unidos por ideales e interés académicos.

Destacó nítidamente en Percy Cayo su profunda práctica de valores fundamentales: solidaridad, fraternidad, sentido familiar y sobre todo una lealtad sin fallas ni fisuras, puedo afirmar que Percy Cayo no entendía la amistad sin lealtad y respeto.

Creo que reside allí la clave que nos permite acceder a su espíritu: valores estables con los que enriqueció su vida familiar y profesional como historiador o como docente universitario.

Afirmo así, que estructuró su personalidad con valores perdurables de la más alta calificación, ello le permitió sustentar su vida en una ética ejemplar, de la que fuimos testigos hasta que el Señor Jesús lo llamó a su lado.

Resulta evidente que esta característica espiritual de Percy, se manifiesta también en su trabajo profesional como investigador de nuestra historia republicana. No podría afirmarse jamás que Percy fuera complaciente ni con la mentira, ni con el error, ya que

utilizaba con rigor el método histórico-crítico, los resultados en su obra, le generaron el respeto y la atención que el sentido común otorga a quienes se sabe que expresan la verdad y eso en historiografía tiene un profundo significado ya que solo la conciencia más severa controla los resultados de trabajo del historiador, a la manera, que nos enseñan Marc Bloch y Jorge Basadre.

Amigo respetable, persona honorable, Percy Cayo Córdova fue sobre todo leal a sus afectos; valor que lo adornaba en grado sumo.

La amistad unida a la lealtad lo convirtieron en un refugio espiritual para quienes estuvimos cerca de él y de su familia: Gladys, María del Pilar y Raúl. En ese sentido, Percy era una roca en medio de los embates de la vida, que no pocas veces lo hirieron, pero supo estar a la altura de su formación familiar y moral, de sus principios, lo que le confirió ese sello, difícil de obtener que es la consecuencia. Digo que Percy Cayo era, además, consecuente, lo que le daba cierto tono de intransigencia, según alguna vez me explicó.



Familia Cayo Benavides

Por cierto que gozaba de un especial sentido del humor que se transparentaba a través de una actitud seria, que escondía tras una sonrisa fácil y sencilla, bondadosa y comprensiva; pero, profundo conocedor de la naturaleza humana, no vacilaba en hacer bromas con las exageraciones de sus amigos, a lo que indefectiblemente llamaba por su nombre o por un diminutivo.

En uno de sus viajes a Arequipa hizo chiste del “tour de boticas” que realizó una familiar suya, en lugar de conocer los rincones de nuestra bella ciudad.

Conocedor de la costumbre de una persona, amiga, familia, de discutir el precio de las carreras de taxi, cada vez que la veía, le

preguntaba por el valor de las mismas en Arequipa. Generoso amigo, compartió su pan y brindó su protección a quien acudía a su lado en busca de apoyo, en eso fue proverbial y permanente su actitud vital.

Tengo muchos y muy valiosos recuerdos de mi amistad con Percy, como cuando en Buenos Aires, en compañía de ese gran historiador y amigo que es César Pacheco, visitamos al gran artista del tango: Edmundo Rivero a quien admiro sin reservas, ellos con paciente comprensión me acompañaron a “El Viejo Almacén” a escuchar las magníficas interpretaciones de Rivero, al que en mi entusiasmo, hice que Percy y César, conocieran sin preguntarles si les agradaba la música argentina.

Como historiador, trabajó investigando con seriedad y elevado rango, la historia republicana del Perú, en especial nos vinculó el interés por la Guerra del Pacífico, tema en el que Cayo –como solía llamarlo– era un auténtico especialista con gran prestigio en el Perú y fuera de él. Logró reunir materiales para escribir una historia de las relaciones internacionales del Perú, una obra a que lo instaba a escribir, sabiendo que al igual que yo, el tiempo nos era estrecho, obligados a trabajar en docencia para vivir el día a día. El tema de las relaciones con el Ecuador, con Bolivia y con Chile, fue preocupación permanente de Percy. Me consta que dedicó gran parte de su esfuerzo como historiador a reunir una valiosa bibliografía sobre el mismo, que ahora podrá consultarse en la biblioteca de la Universidad del Pacífico.

Trabajó intensamente en el Instituto de Estudios Histórico-Marítimos y en la Academia Nacional de la Historia en la que fue cumplido secretario académico.

Nos unió también una común amistad, que él y Franklin Pease mantuvieron con el doctor Jorge Basadre, en cuyo hogar nos reunimos en 1978 al otorgarle mi universidad, el doctorado *Honoris causa* a tan insigne historiador. En su más reciente libro, publicado por el diario *El Comercio*, Percy Cayo desarrolla el esquema de periodificación de la historia de la república que propone Basadre. El fiel seguimiento de las ideas del ilustre tacneño, revela una coincidencia de fondo con la que he llamado “lectura peruanista” de

la historia del Perú por Jorge Basadre. El magisterio y la amistad de don Jorge Basadre nos reunió como alumnos de tan destacado maestro.

No olvido tampoco que fue Percy Cayo quien asumió la responsabilidad de hacer mi presentación académica en el auditorio Maes-Heller, en la Universidad del Pacífico, al pronunciar allí una conferencia acerca del Tratado defensivo secreto, peruano-boliviano de 1873 como pretexto para la guerra que nos iniciara Chile en 1879. Ese acto fue una suerte de padrinzago académico que soldó más nuestra ya antigua amistad.

En medio de innumerables recuerdos, emerge la nostalgia del querido amigo que se fue. Ahora, ante la memoria de su vida, puedo sentir que Percy Cayo Córdova ha pasado a la historia y trascendido el tiempo, gracias, en primer lugar, a los valores que practicó vitalmente, a la amistad que brindó a raudales, con generosidad y sin esperar ninguna reciprocidad que ahora puedo expresar en la modesta forma de gratitud a quien consideré siempre como un hermano en lo fraternal y amistoso de la expresión.

Y por supuesto, lo reconocen como gran historiador, trabajador infatigable de la parte republicana de nuestra historia, que aportó con solvencia profesional y académica al mejor conocimiento de nuestro pasado.

A Percy Cayo, amigo al que nunca olvidaré, historiador que es ya una guía y referencia obligada sobre la historia del Perú republicano, este homenaje, surgido del corazón y de la ausencia, con respeto, admiración y amistad indestructible.

Percy, una amistad ejemplar

Jorge Rosales Aguirre

Hablar de Percy Cayo es hablar de múltiples aspectos y en planos diversos, pero todos armonizados en una unidad de vida, en una personalidad integral. En nuestra memoria está Percy, el maestro, el colega, el amigo, el historiador, el ciudadano, el hombre de familia, en una palabra, el hombre total, con recuerdos y esperanzas, con tareas cumplidas y con proyectos por realizar. Allí está Percy –hoy podemos decirlo– como el hombre de carne y hueso, con dudas y temores, con confiadas ilusiones, con firmes decisiones, que no sabía ocultar sus más hondos sentimientos; como el hombre de todos los días, con problemas cruciales por resolver pero con soluciones que afirmaban su modo de ser, sus convicciones; Percy, el hombre comprensivo que estaba presto a dar un consejo, una orientación, como también a recibir un comentario, una crítica constructiva; Percy, el siempre optimista para sacar adelante un proyecto personal o el siempre dispuesto a colaborar en la realización de uno ajeno; Percy, el evocador del pasado que con facilidad traía hasta el presente anécdotas sabrosas o especiales acontecimientos compartidos. No obstante estas variadas imágenes que de él tenemos, no nos resulta fácil escribir sobre él con orden y fluidez, y es que la memoria nos muestra tantos recuerdos comunes que se agolpan al unísono y pugnan por ser registrados en estas breves líneas. Por eso pido disculpas si el testimonio escrito de esos recuerdos no alcanza una forma coherente y, por el contrario, los muestra dispersos y, seguramente, reiterativos.

Son muchos los momentos y circunstancias que compartimos, y que me permitieron tener una imagen bastante real, me parece, de este amigo entrañable, de este hermano mayor, de este colega ilustrado. En todos esos momentos y circunstancias Percy fue siempre el mismo, en esencia, aunque lo externo, como es obvio, pudiese ir siendo un tanto diferente.

Conocí a Percy en 1958 ó 1959, cuando él ya colaboraba en la cátedra de Emancipación peruana de José Agustín de la Puente en la Pontificia

Universidad Católica del Perú, y en la que poco después (a partir de 1961) compartiríamos tareas. En esa labor, su ejemplo y consejos fueron fundamentales. Su amistad y cercanía alentaban a quienes entonces nos iniciábamos en la docencia universitaria. Esa amistad se mantuvo hasta su muerte, aunque en circunstancias y lugares distintos, pero con el mismo calor e intensidad de los primeros años.

Aparte del curso de Emancipación, tuvimos ocasión de compartir horas en los Seminarios del Instituto Riva-Agüero, en las reuniones de trabajo que antecedieron a la publicación de la Colección Hombres del Perú, en los diferentes certámenes a los que la vida académica nos convocaba, en las visitas que nos hacía en la Universidad de Piura, y en las que le correspondíamos en su oficina de la Universidad del Pacífico.

Así, pues, lo recuerdo en el patio y en el Aula Magna de la antigua Facultad de Letras en la Plaza Francia del centro de Lima; en las aulas y en la cafetería del Anexo de la Facultad en la misma Plaza; en el pequeño *Existencialista* o *Wantán Frito* de Máximo Jo, padre de nuestro siempre querido y recordado Ramón; en los salones de Riva-Agüero en la calle Lártiga del jirón Camaná; en la casa de Hernán Alva Orlandini y en la de otros amigos, de 1962 a 1964; en las aulas, en el Auditorio IME y en mi oficina de la Universidad de Piura; en su oficina y en la cafetería de la Universidad del Pacífico; en fin, en tantos lugares donde su figura resultaba familiar.



José María Sesé, Percy Cayo y Jorge Rosales en la Universidad de Piura

De nuestros encuentros “piurense” o “piureños”, como con gracia solía llamarlos, uno de los primeros que recuerdo fue el que tuvimos en setiembre de 1987, cuando participamos en el Coloquio Interdisciplinario sobre la Vida y la Obra de Luis Antonio Eguiguren que organizó la entonces Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Piura. Allí estuvieron también José Navarro Pascual,

Félix Denegri Luna, Guillermo Lohmann Villena, José Agustín de la Puente Candamo, César Pacheco Vélez, Miguel Maticorena Estrada, Rosa Zeta de Pozo, Francisco Bobadilla Rodríguez y José Albán Ramos. En esa ocasión habló, con la elocuencia y mesura que caracterizaban sus exposiciones, sobre *Luis A. Eguiguren y su medio*, y participó comentando o moderando, siempre con acierto y cordialidad, las demás intervenciones.

Muchas veces nos reencontramos en Piura y tuvimos sendas tertulias realmente aleccionadoras. En ellas recordábamos a amigos comunes, algunos fallecidos, como Pedro Manuel Benvenuto Murrieta, Carlos Deustua Pimentel o César Pacheco Vélez, y otros, a los que él o yo habíamos dejado de ver, como Héctor López Martínez, Carlos Gatti Murriel, Alfonso Pérez Bonany, César Carmelino o Eduardo Contreras Morosini. Era hombre de fácil conversación, de amena palabra, de temática variada, aunque la figura y la obra de Jorge Basadre Grohmann nunca estaban ausentes en esas charlas amigables y de gratas remembranzas. Esta inquietud por el tema "*basadrino*" se fue acrecentando a medida que se aproximaba el centenario del nacimiento del ilustre historiador. Con qué entrega y entusiasmo preparó la Antología que por ese centenario editó la Fundación M. J. Bustamante de la Fuente.

De todas sus visitas a Piura tengo muy presente, de manera especial, la que hizo en abril de 2000 para pronunciar la lección inaugural en la ceremonia de apertura de ese Año Académico de la Universidad de Piura, lección que tituló *Perú-Ecuador: Del conflicto a la solidaridad*, que luego sería publicada con el N° 43 en la Colección Algarrobo de la misma casa de estudios. En el prólogo de esa obra dijimos, y ahora creemos prudente repetirlo: *Percy Cayo Córdova es un historiador serio, meditado, con profundo sentido crítico y gran capacidad de síntesis...* Como sus maestros, se trazó la tarea fundamental de buscar *el ser del Perú en el testimonio de la historia*, tarea que cumplió con rigor y lucidez y que trasladó a sus discípulos en las aulas universitarias y, con toda seguridad, a los lectores de sus libros. Si tuviésemos que definir, en pocas palabras, su tarea histórica sobre nuestro país, podríamos decir que fue un peruanista cabal, y de eso dio testimonio en diversos foros nacionales y extranjeros,

en las aulas y en sus libros, en la conversación académica y en la charla familiar.

El conocimiento de los temas que trataba, la calidad de los datos en que basaba ese conocimiento, y la precisión de los juicios a los que arribaba, eran notas características de Percy, tanto en sus clases y en sus trabajos escritos, cuanto en sus conversaciones y en su intercambio epistolar. Por eso, no callaba cuando era menester hacer una aclaración, tampoco cuando lo que se requería era una corrección.

En Percy había no sólo preocupación por el pasado, sino esencialmente por el presente y por el porvenir en los que aquél se prolonga y que para él debían ser, en todo caso, y muy especialmente en el de nuestras relaciones con el vecino país del norte, de un mayor acercamiento humano, más allá de lo estatal o lo gubernamental. En el prólogo que recordaba escribimos: *Al posar su mirada en el presente y proyectarla hacia el porvenir, pone énfasis en la solidaridad.*

Percy cultivaba el humor sano, la fina ironía, la crítica cordial pero acertada; le gustaba jugar con las palabras, inventarlas, o darles giros y formas que acentuaban la familiaridad en el diálogo informal; sabía ser prudente y guardaba celosamente las confidencias recibidas; era fiel a la amistad, respetuoso de las formas, puntual en los saludos por las fechas tradicionales, discreto en el manejo de las noticias y de los datos obtenidos como resultado del trabajo o de las comisiones encomendadas; su contribución en los debates de la Comisión Perú-Ecuador debió ser fundamental. Era generoso con su saber, y así lo vimos compartiendo su conocimiento histórico y su experiencia vital, no sólo con sus alumnos, colegas y amigos, también con profesionales cuajados. Lo recordamos, por ejemplo, al lado de periodistas del norte peruano y del sur ecuatoriano en intensas jornadas de estudio y de reflexión sobre temas y problemas comunes a ambos países. Algunos de los que lo conocieron en esta última tarea, como Luisa Portugal de Rodrich, me han confiado el pesar que sintieron al enterarse de su deceso.

Muchas otras cosas podríamos decir de Percy Cayo, el amigo, con quien tuvimos largas conversaciones, en su casa o en la mía, con Gladys y Mercedes, nuestras respectivas esposas, y con nuestros

hijos, cuando eran pequeños y colegiales. Mi hijo Jorge, mucho menor que los de él, le tomó gran cariño. En casa lo recordamos con especial afecto, y al llegarnos la noticia de su desaparición, abrimos el álbum familiar de los recuerdos gráficos para ver su imagen, pero también acudimos al recuerdo grabado en el espíritu, siempre vivo en nosotros, para evocarlo y seguir compartiendo con él tantos momentos de fecunda y sólida amistad.

Percy: colega y compañero

Karen Weinberger Villarán

Percy Cayo, además de un excelente historiador y profesor, fue un gran amigo y compañero de trabajo. A pesar de la diferencia generacional y de las distintas formaciones, Percy fue un hombre que supo compartir no solo sus conocimientos de historia sino su experiencia de vida, ganándose el cariño y respeto de todos sus compañeros de trabajo. Era un hombre alegre, sincero, enérgico, positivo y con un gran sentido del humor. Fue la alegría del "quinto piso" donde trabajó con administradores y contadores por más de veinte años de su vida como profesor. Fue un hombre sencillo y correcto quien supo valorar a las personas y a las cosas por lo que significaban y no por el poder que tuvieran o por lo que podrían valer. Percy sabía expresar sus pensamientos y opiniones con claridad y objetividad, sin dañar a nadie y con un sentido de justicia que pocas veces he podido observar. Fue un gran "maestro de la vida" para muchos de nosotros y por eso lo tendremos siempre presente como un ejemplo por seguir.



Antigüedad es clase

*Con sus compañeros de la Universidad del Pacífico, de izq. a der.,
Carlos Gatti Murriel, María Matilde Schwalb de Fernández Concha,
Rosalía Solís Román y Adelina Malache de Ozambela.*

Lima, 28 de febrero de 2000

Percy Cayo o la política mayor

Jorge Wiese Rebagliati

Un jefe de departamento es –o debería ser– una especie de hermano mayor. Debe estar presente, pero debe dejar hacer; debe animar, pero debe también comprender; debe ser capaz de ejercer la autoridad, pero jamás debe ofender. Con Percy, siempre me sentí como hermano menor, como amigo al que el maestro acogía con su chispa y su ironía. Por eso me parece curioso estar aquí, ante Gladys, ante Tati, ante Raúl y ante todos ustedes, ejerciendo de hermano mayor de Percy. Percy, que era cazurro (en su primera acepción), debe de estar riéndose de lo paradójico de la situación, y de mi incomodidad.

No tengo por qué repetir aquí que lo queríamos y que lo respetábamos. Creo que esto se vio siempre. Me parece más importante evaluar, en una suerte de contabilidad imaginaria que quiere tratar de dar sentido a la pena, la dimensión de su ausencia. Quisiera decir, muy brevemente, por qué lo extrañaremos, por qué somos menos sin él.

Ver acercarse a Percy Cayo era ir imaginando con qué nueva travesura iría a salir, con qué comentario ácido o festivo se referiría a la política local. En una dimensión menos jovial, era entusiasta y expresivo con los logros de otros (especialmente si se trataba de sus colegas). Colaboraba con discreción y eficacia en las tareas comunes. Sin embargo, si uno tuviera que escoger un rasgo que lo definiera totalmente, tendríamos que decir que lo que lo marcó fue la docencia. Habría que aclarar: Percy estaba poseído por el fuego sagrado de su pasión por la Historia y, por ello, quería extenderlo hasta quemar la pradera. Era profesor porque era historiador.

El sábado pasado, ante el ataúd de Percy, Camilo Carrillo se preguntaba por qué Percy, que fue tan activo en la política universitaria en su juventud, no recorrió –a pesar de su profundo civismo– los caminos de la política partidaria. Creo que la respuesta está en

lo que acabo de apuntar: Percy se dedicó a la política mayor de la docencia. Si la política es el arte de vivir en la ciudad, en la polis, en la comunidad, Percy comprendió muy tempranamente en su vida que no hay trabajo mayor que crear ciudadanos. Siempre tenía abiertas las puertas de su oficina y sus alumnos saben con cuánta dedicación, con cuánto esmero, corregía y anotaba los trabajos que le presentaban, con cuánto énfasis les pedía que leyeran un libro importante y le redactaran no un resumen de él, sino una evaluación, una opinión razonada. En ese trabajo modesto y minucioso, y en las tertulias que este suscitaba, Percy vislumbró al Perú que sintió y vivió siempre como herida, pero también como aliento.

Anteayer miércoles, Gladys (siempre delicada) me dijo que quería recoger los objetos que Percy había dejado en su oficina. Coordinamos la hora, ella llegó, y mientras el mapa, los cuadros y los papeles de Percy se guardaban en las cajas que subieron los muchachos de Mantenimiento, advertí, pegado en el vidrio de la oficina, un texto de Kuan-Teseu, un pensador chino. Lo había visto muchas veces, pero pienso que a la luz de la vida de Percy lo entendí mejor. Creo que dice mejor de lo que yo lo podría hacer quién fue Percy, cuáles fueron sus pasiones, ante qué gran horizonte desplegó su vida.

Paso a leerlo:

*Si tus planes son para un año,
siembra trigo.
Si son para diez años,
planta un árbol.
Si son para cien años,
instruye al pueblo.
Sembrando trigo una vez,
cosecharás una vez.
Plantando un árbol,
cosecharás diez veces.
Instruyendo al pueblo,
cosecharás cien veces.*

Le pedí a Raúl permiso para llevármelo y él, gentilmente, me lo regaló. Lo tendré en mi oficina, siempre a la mano. Me servirá para acordarme

de Percy, para reírme con él de sus travesuras, y para tener en cuenta quién soy, cuánto me falta para ser como él y cuál es el verdadero horizonte de nuestro trabajo.

Índice

<i>Presentación,</i> por Luis Jaime Cisneros Vizquerra, profesor principal del Departamento de Humanidades	5
<i>No lo defraudaremos,</i> por María Antonieta Alva Luperdi	7
<i>Percy Cayo Córdova: maestro e historiador,</i> por Mario Cárdenas Ayaipoma	9
<i>Adiós a Percy,</i> por Camilo N. Carrillo Gómez	11
<i>Percy Cayo en el Curso de Deontología e Historia,</i> por Juan Carlos Crespo L. de C.	13
<i>Percy Cayo Córdova, destacado tacneñista,</i> por Fredy Gambetta	15
<i>El amigo Percy,</i> por Margarita Guerra Martinière	18
<i>Recuerdo de Percy Cayo Córdova,</i> por César Gutiérrez Muñoz	21
<i>Percy Cayo Córdova,</i> por Oswaldo Holguín Callo	24
<i>Mi testimonio,</i> por Humberto Leceta Gálvez	26
<i>Casi cincuenta años de amistad,</i> por Susana Llontop Sánchez Carrión	32

<i>Desde la amistad, para Percy Cayo,</i> por Ascensión Martínez Riaza y Alfredo Moreno Cebrián	34
<i>Elaboraciones sobre una amistad,</i> por Mariana Mould de Pease	38
<i>Recuerdo de Percy Cayo,</i> por Armando Nieto Vélez S.J.	44
<i>Adiós a un Caballero Antiguo,</i> por Felipe Ortiz de Zevallos	46
<i>Mis recuerdos de Percy,</i> por Jorge Ortiz Sotelo	48
<i>El amigo historiador,</i> por Yolanda Osterling	54
<i>Percy Cayo o la pasión por la historia y su enseñanza,</i> por Raúl Palacios Rodríguez	57
<i>Despedida a Percy Cayo,</i> por José Agustín de la Puente Candamo	64
<i>Valores, amistad e historia: Percy Cayo Córdova,</i> por Eusebio Quiroz Paz Soldán	66
<i>Percy, una amistad ejemplar,</i> por Jorge Rosales Aguirre	70
<i>Percy: colega y compañero,</i> por Karen Weinberger Villarán	75
<i>Percy Cayo o la política mayor,</i> por Jorge Wiese Rebagliati	76

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Archivo de la Universidad

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Beatriz Montoya Valenzuela
Vanessa Veintemilla Minaya
Pablo Páucar Chumpitaz
Carolina Uceda Castro
Soledad Acosta Mondragón
Cynthia Llanos Ramírez
Luis Sandoval Gómez
Juan Carlos Manrique Díaz
Archiveros

Marita Dextre Vitaliano
Administradora

Javier Mendoza Suyo
Conservador

Erick Ragas Rojas
Bibliotecario

Elizabeth García Vásquez
Diagramadora

Benito Paredes Castro
Impresor

Ejemplar N° 002

El número 42 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de editar en la imprenta PUCP (San Miguel, Lima) el 15 de octubre del 2005, festividad de Santa Teresa de Jesús, primer aniversario del fallecimiento de Percy Cayo Córdova. La edición consta de trescientos ejemplares numerados.